



Asiáticas Religiosas

D. Valencina

Sevilla, 1900

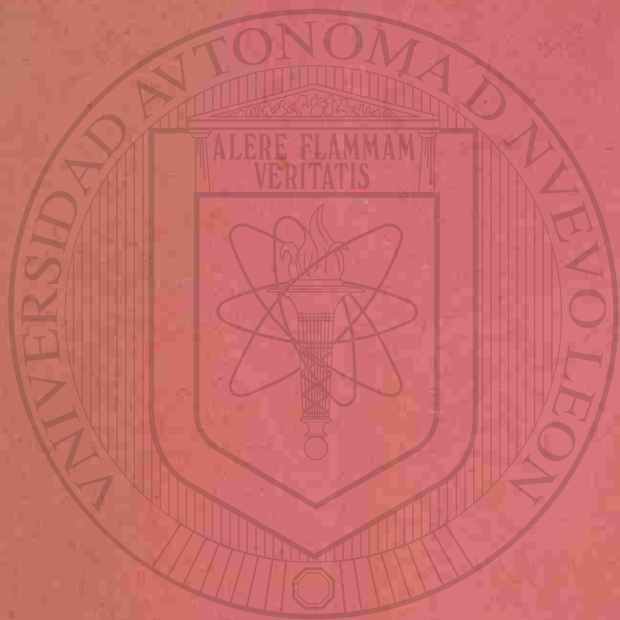
641

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVA LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

PQ66
.A4
F5
1900
C.1

5670

1039



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

UANL

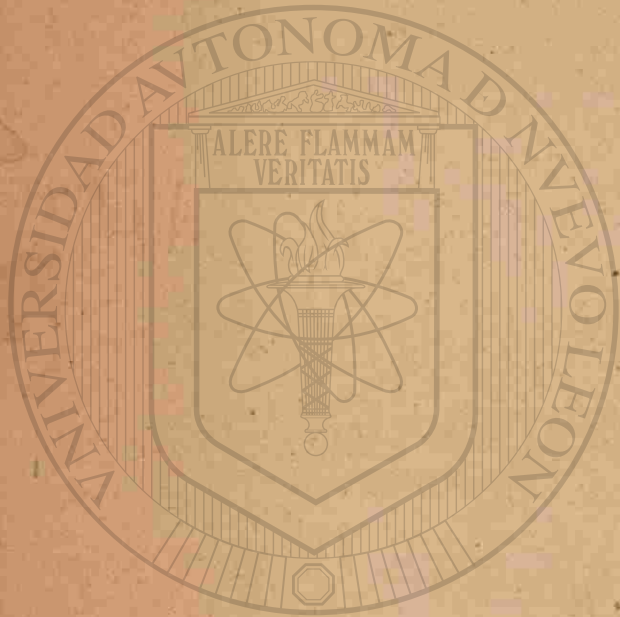
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





1080021955



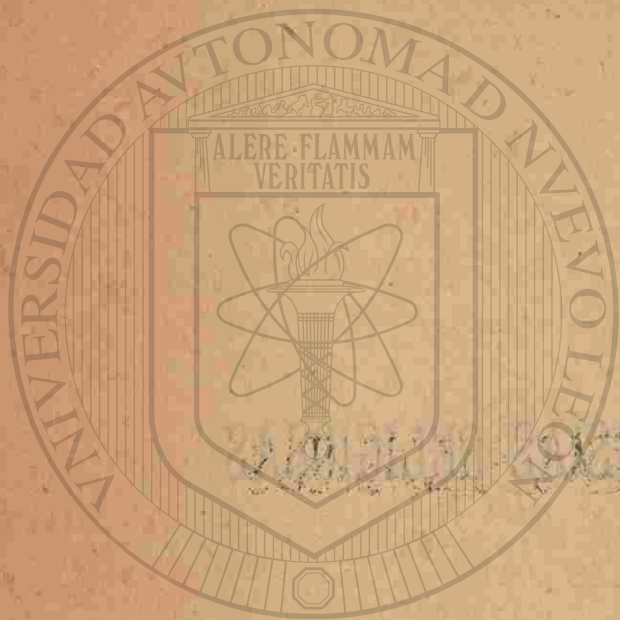
POESÍAS RELIGIOSAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



FLORES DE MI JUVENTUD
ó
RIMAS Y VERSOS

DEL
M. R. P. Ambrosio de Valencina
PROVINCIAL DE LOS PP. CAPUCHINOS

DE ANDALUCIA.

TERCERA EDICION

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



SEVILLA
Imp. de La Divina Pastora.
1900.

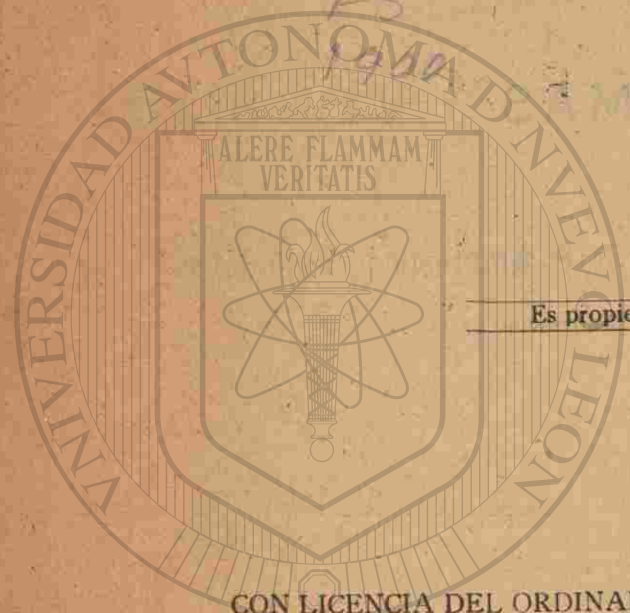
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA

46670

P06641

A4

F5



Es propiedad

CON LICENCIA DEL ORDINARIO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

*Repleatur os meum laude,
 ut cāntem gloriam tuam,
 tota die magnitudinem tuam.*

PSALM. LXX. 8.

*Cantate et exultate et psállite.
 Psállite Domino in cithara,
 in cithara et voce psalmi.*

Id. 97.

010393

INDICE

	Págs.
Dedicatoria	11
La canción del Peregrino	13
La paloma sedienta	15
La vida sin Religión	21
La Profesión Religiosa	24
El suspiro de Rosaura	28
El prefacio de la monja	33
La ausencia del amado	37
Desvelos de amor divino	43
La oración de un lego	48
La barquilla. A Mercedesita	54
La muerte de una terciaria	57
Lamentos de un alma en pena	64
La oración de la noche	69
El noviciado. A mi madre	72
A mi madre	85
Mi celda	92
LIRICAS	
A mi dulce Pastora	101
A la misma, Oda	103
Divina Pastora, Plegaria	112
Salve glosada a la Divina Pastora	114
A mi celestial Pastora, Oda	119
Su encuentro	124
A ella	128
Quién como tú?	131
A mi pastorcita (Cantares)	132
A una golondrina	134
La vida del claustro	137
Ausente de mi convento	141
A Sevilla en el día del Corpus	144
A Jesús Sacramentado	151
Regnum cœlorum intra vos est	154
Al Corazón de Jesús	156
Cantares	160
En el templo	163
Suspiros	165
A los ojos del Niño Jesús	169

IDILIOS Y EGLOGAS MISTICAS

Ansias de ver á Dios	175
Delicias de la soledad	180
Las hermanitas y el marinero	186
Amor seráfico	192
La vida del cielo	198
Diálogo entre Jesús y el alma	205

SONETOS

A mi Pastora	211
A una fuente	212
Contemplando los sembrados	213
Anécdota	214
En sus bodas de oro	215
La prensa noticiera	216
Virgen y Madre	217

GLOSAS

A un alma	216
A la muerte de mi hermana	220
A la pobreza seráfica	222
La risa y el llanto	224

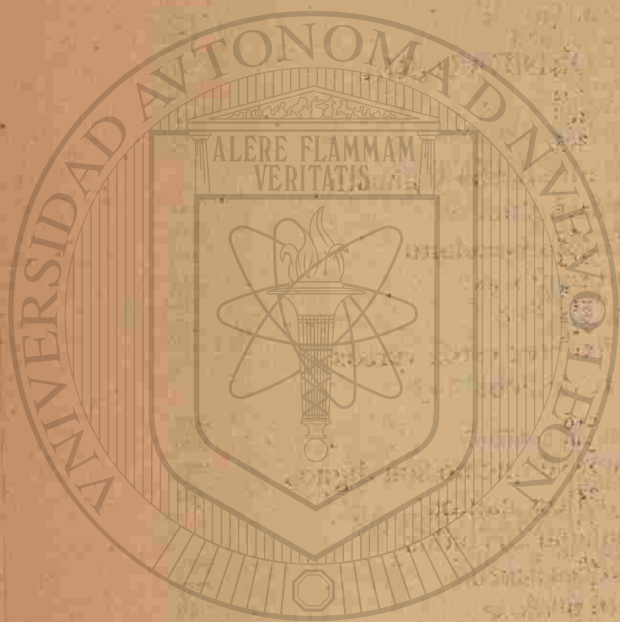
PENSAMIENTOS

A la Virgen del Buen Viaje	228
La inocencia y el mundo	227
La alborada de Mayo	228
Definiciones	229
En mi jardín	230
La vida sin festín	231
Amor con amor se paga	232
El canto de las aves	233
Mañana y hoy	234
A mi crucifijo	235
A mi celda de colegial	236
Al Sagrado Corazón de Jesús	237
A mi Ángel	238
En una estampeta	239
A la Concepción Purísima L. Mirta	240
Desengaños	241
Mi consuelo y mi bien	242
A la Inmaculada	243

DEDICATORIA

Madre tierna y amante,
 flor de las flores
 embeleso y encanto
 de mis amores;
 yo te suplico
 que aceptes estos versos
 que te dedico.

Bien sé que no son dignos
 mis pobres cantos
 de halagar tus oídos
 mil veces santos;
 mas tú piadosa,
 acéptalos benigna,
 Madre amorosa.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA CANCIÓN DEL PEREGRINO

Camino triste es mi vida
que en su aridez no presenta
á este pobre peregrino
más que abrojos y maleza.

Ya me rinde la fatiga,
ya el cansancio me atormenta,
ya dura y punzante espina
hiere mi pié y lo atraviesa.

Me falta el aliento á veces,
á veces me ahoga la pena,
siento nostalgia del cielo
ó me fastidia la tierra.

Y entonces suelo cantar
para ahuyentar la tristeza,
para acallar mis pesares,
para aliviar mi dolencia.

Por eso mis cantos son,
ritmos faltos de cadencia,
gemidos que el pecho lanza,
ansias que la mente expresa.

No soy gilguero que trina,
alegrando la floresta
con sus cantos melodiosos
que el aura en sus alas lleva.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Soy mas bien la tortolilla
que en lo interior de la selva
arrulla y gime á la vez,
dando al viento sus querellas.

No busquéis pues en mis cantos
el lirismo que embelesa,
los altos vuelos del genio,
los arranques del poeta.

AL Mi pobre lira no lanza
de sus destempladas cuerdas,
mas que cantares sencillos
para distraer mi pena.

La pena de un peregrino
que en su enmarañada senda,
solo zarzales y abrojos,
cardos y espinas encuentra.

Y necesito cantar,
cual ave triste en la selva,
para auventar mis congojas
y disipar mi tristeza.

Por eso mis cantos son
ansias que la mente expresa,
gemidos de tortolilla
que dá al viento sus querellas.



LA PALOMA SEDIENTA

Venit columba mea...
Cant II. 14



Como sedienta paloma
que vuela por secos páramos,
buscando inquieta la fuente,
en cuyos raudales claros
pueda mitigar la sed
que la está martirizando;
así volabas tu un día,
volabas de uno á otro lado,
afanosa, fatigada,
llena de inquietud, buscando
el venero de la dicha,
en cuyo néctar preclaro
saciara tu corazón
los deseos no saciados,
la sed de felicidad
que el alma siente aquí ábajo.
Te ví buscar esa fuente

escondida á los mundanos;
 te ví remontar el vuelo,
 te ví tornar á bajarlo,
 te ví acercarte á un arroyo
 de raudal encenagado,
 te ví contemplar sus aguas,
 y, porque te daban asco,
 te ví del arroyo huir,
 te ví volver á buscarlo,
 y otra vez retroceder,
 y otra tornar á su lado.

Entonces, compadecida
 de tu sed y de tu engaño,
 voz divina y misteriosa
 que bajaba de muy alto
 te gritó: «Pobre Paloma,
 ¿que buscas? ¿qué estas mirando?
 Aunque la sed te devore,
 no bebas en esos charcos,
 que sus aguas son de muerte,
 no de vida ni regalo.

Otras aves engañadas
 á beber aquí bajaron,
 y bebieron en sus aguas
 remordimientos amargos,
 y pesares, y desdichas,
 y crüeles desengaños;
 que nunca esta fuente dió
 lo que las almas soñaron.»

«En esta engañosa fuente
 de los placeres mundanos

brotó el agua envenenada,
 y, aunque su sabor es grato,
 en vez de apagar la sed
 mas la enciende á cada trago.
 Mira que el inmundo cieno
 la cerca por todos lados,
 y, si te posas en él,
 te atollarás en el fango,
 antes que puedas gustar
 de sus aguas sorbo amargo.»

«Avecilla, que naciste
 para volar por lo alto,
 para subir por encima
 de los montes encumbrados,
 y el nido de tus amores
 colgar de frondoso árbol;
 ¿te arrastrarás por el suelo?...
 ¿te posarás en el fango?...
 ¿te seducirá la fuente
 de los deleites mundanos,
 con su apariencia traidora
 y seductores halagos?»

«¡Ay ave de blancas plumas,
 de vuelo airoso y gallardo!
 no te arrastres por el cieno,
 no te acerques á esos charcos,
 no bebas en ese arroyo,
 no poses en él tus labios,
 no pongas tus blancas plantas
 en su borde encenagado,
 que mancharás tu plumaje,

y perderás tus encantos,
y el cieno de la ignominia
te cubrirá como un manto,»

«Alma que sedienta vuelas
con afán de uno á otro lado,
buscando inquieta las aguas
en cuyos raudales claros
puedas apagar la sed
que te está martirizando;
¿quieres hallar esa fuente
escondida á los mundanos,
donde el alma satisface
la sed que la está abrasando?
¿Quieres hallar el venero
de ese licor sobrehumano
que refrigera y da vida,
quietud, reposo y regalo?»

«Pues, alza el vuelo, Paloma!
huye de aqueste pantano,
vuela á las aguas de vida
que brotan en el Sagrario;
llega á la fuente divina
de Jesús Sacramentado;
y para saciar tu sed,
acerca y pega tus labios
á la fuente purpurina
de la llaga del costado,
por do el Corazón divino
vierte licor soberano
de gracia, para las almas
que en su sed lo andan buscando.

Bebe, Palomita, bebe
en ese pécho sagrado;
y tu sed se acabará,
y en él hallarás descanso,
y encontrarás de la dicha
la única fuente aqui abajo.»

Así te dijo la voz
que hablaba desde lo alto:
y en busca de esta otra fuente
saliste al punto volando;
te ví remontar el vuelo,
te ví volver á bajarlo,
te ví llegar á su orilla,
te ví adelantar el paso,
te ví su néctar gustar,
te ví volver á probarlo,
te ví sonreír de gozo
y que, tus alas plegando,
saltabas dentro del agua,
cuyo delicioso baño
curó tu hidrópica sed,
dejó tu pecho saciado,
volvió a tu faz la alegría,
las sonrisas á tus labios,
y á tu semblante el color,
que antes era triste y pálido.

Ay alma! ¡cuán otra estás!
Cuánto, cuánto has mejorado!
Ay Paloma de Jesús,
avecilla del Sagrario,
qué limpio está tu plumaje!

Qué lindo, qué hermoso y blanco!
Ay alma! ¿lo mancharás?
¿Volverás donde haya fango?
¿Te apartarás de la fuente
que encontraste en el Sagrario?
¿Serán siempre tus delicias
de Cristo el Corazón santo?
Mira, blanca Palomita,
que este Corazón sagrado
es la fuente de la dicha
para el hombre desterrado:
la sola donde las almas
sácian su sed aquí abajo.



LA VIDA SIN RELIGION.

*Circa fidem naufragaverunt.
Ad. Tit. 1, 19.*

La vida es mar borrascoso
de escollos y sirtes lleno;
el cristiano es frágil barca,
las buenas obras sus remos,
su áncora es la piedad,
sus velas los sacramentos,
su estrella polar la Virgen,
su rumbo y destino el cielo.
¡Oh cristiano! ¡Oh navecilla,
sin velas, anclas, ni remos,
sin estrella que te guíe
por tu triste derrotero! ...
tu naufragarás, barquilla!
naufragarás, sin remedio.!

Mira que la vida es mar,
y eres tú bajel ligero,
la ley de Dios tu timón,

la virtud tu lastre y peso,
tus acciones son las olas
y tus pasiones los vientos.
¡Oh combatido bajel!
sin lastre ni contrapeso,
sin timón que te gobierne,
juguete del mar inquieto;
¡Tú perecerás, bajel,
perecerás sin remedio!

Borrascas son de este mar
las penas y contratiempos;
frágil barquilla es el alma,
la religión es su puerto,
su único faro es la fé,
la gracia el piloto diestro
que sortea los escollos
y entra en la rada sereno.
¡Oh pobrecita barquilla!
sin faro, sin luz, sin remos,
sin piloto que te guíe
en este mar turbulento! . .
Tú naufragarás, barquilla,
naufragarás sin remedio!

¡Alma que la fé perdiste!
¿no eres tú nave sin puerto
que por el mar de este mundo
perdida vas sin remedio?
Alma sin fé! ¿no eres tú
bajel de averías lleno,

sin brújula, sin timón,
sin faro ni rumbo cierto?
Alma sin religión, dime,
¿No eres fragil barquichuelo
que las tormentas arrastran
á un naufragio sempiterno?

Ay alma! evita el naufragio;
llama en tu socorro al cielo;
póstrate ante lós altares
donde oraron tus abuelos;
pídele á Dios que mitigue
la furia del mar inquieto;
y amainará la borrasca,
y se pondrá claro el cielo,
y aparecerá la estrella,
y el faro brillará luego,
y tu averiado esquife
empujado por los céfiros,
ó arrastrado por las olas
llegará seguro al puerto;
al puerto de bienandanza,
de gozo y descanso eterno.



La Profesión Religiosa.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

Vota mea Domino reddam.

Psl. 115.

Llena está la hermosa nave
De la recogida Iglesia,
Con los fragantes arómas
Del incienso y de la cera.
Las suaves armonías
Que el órgano al aire suelta,
Bajo las bóvedas vagan
Y entre los arcos resuenan.
En el fondo de la nave
Se ven ardiendo cien velas,
Cuyos reflejos se extienden
Ahuyentando las tinieblas.
Y luciendo allá á lo lejos
Parecen claras estrellas
De un cielo sin tempestades,
Sin nubes y sin tormentas.
Tras de las rejas del coro
Se escuchan plegarias tiernas,

Rumor de ardientes suspiros,
Que con el canto se mezclan.

Los ángeles que invisibles
Contemplando están la escena,
Plegan sus doradas alas
Y como suspensos quedan.

Por entre las religiosas
Alegre marcha y serena
Una jóven candorosa
Con blanco velo cubierta.

Llega al altar; se arrodilla,
Dobla humilde su cabeza,
Abre sus rosados labios
Y esclama de esta manera:

“Jesús de mi corazón,
Te consagro mi existencia,
Te sacrifico mi alma,
Te ofrezco mi vida entera;
Todo mi amor te consagro,
Tuya seré hasta que muera
Y más allá de la muerte
Por edades sempiternas.
Únome á tí con los lazos
De castidad y pureza,
De pobreza voluntaria,
De humilde y pronta obediencia,
Atrás, mundo fermentado!
Fuera de aquí, pompas necias!
Atrás, delicias del siglo!
Soy de Dios, y El es mi herencia,,
Dijo; y los ángeles santos

Sus alas de oro desplegan,
Y batiéndolas gozosos
Hacia los cielos se elevan,
Y los votos de esta virgen
Al Eterno los presentan.

Y en tanto un himno de gloria
El coro y el templo llena,
Embelesando á las almas
Que su sentido penetran.

Ven, dice, esposa de Cristo,
Toma esta corona regia
Que el dulce Esposo te envía,
Para que en la grande fiesta
De tus bodas celestiales
Te coronemos por reina.
Como rey te ofrece un trono
Con su cetro y su diadema;
Como Dios te dá una palma,
Palma de victoria eterna;
Y como Esposo te dá
Su amor de eterna pureza,
Amor que nunca se acaba,

Y amor que siempre comienza.

Esposa, Virgen de Cristo,
Dichosa tú que te alejas
De las miserias del mundo
Coronada de azucenas!

Dichosa tú! que cual ave
Casta, pura, limpia y bella,
Por no mancillar tus plantas
Con el lodo de la tierra,

El ráudo vuelo levantas
Y te remontas serena
A otras regiones mas altas
De nitidez y pureza.

Vuela, cándida paloma,
Por esos espacios, vuela,
Y nunca abatas tu vuelo
Hacia la mísera tierra.
Vuela á las llagas de Cristo,
Escóndete siempre en ellas,
Y en la herida del costado
Que tiene Jesús abierta,
Haz tu delicioso nido,
Haz tu mansion placentera;
Y el Corazón de Jesús
Siempre tu descanso sea,
Donde de amor te consumas,
Donde de amores te mueras,
Para gozar de otra vida
Que es la vida verdadera.





EL SUSPIRO DE ROSAURA.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

Gemitus meus a te non est absconditus.

Psl. 37, X.

Orando junto á un sagrario
Sola con su Dios Rosaura,
Entre suspiros y llanto
De este modo se quejaba:
«Aqueste el sagrario fué,
Dulce Jesús de mi alma,
Donde te juré fe eterna
Del amor sobre las aras.

Aquí fué donde encendida
En mil amorosas ansias
Te consagré mi existencia,
Rendida humilde á tus plantas.

Aquí fué donde, poniendo
De mis manos las dos palmas
Sobre el corazón, te dije:
Es tuyo, Bien de mi alma!

Aquí fué donde mi pecho
Tan ardiente palpitaba,

Que á impulsos de sus latidos
Quedé como desmayada.

¡Qué momento aquel, Bien mío!
¡Que dicha aquella tan rara,
Cuando lloraba de gozo,
Sin saber por qué lloraba!

Hasta que al fin, ya sin fuerzas
Para gozar dicha tanta,
En dulcísimo deliquio
Quedéme en ti trasportada!

Y entonces, balbuceando
Palabras entrecortadas,
Suspirando ardientemente,
Te dije que te adoraba.

Te dije: lo dejo todo!
Dueño mi amor te declara
De una vida que no es mía,
Porque á ti está consagrada.

Y al decirlo, mis pupilas
En lágrimas se arrasaban;
Y con amor más intenso
Torné á jurarme tu esclava.

¡Qué momento aquel, Dios mío!
Qué dicha aquella tan rara,
Cuando lloraba de gozo,
Sin saber por qué lloraba!

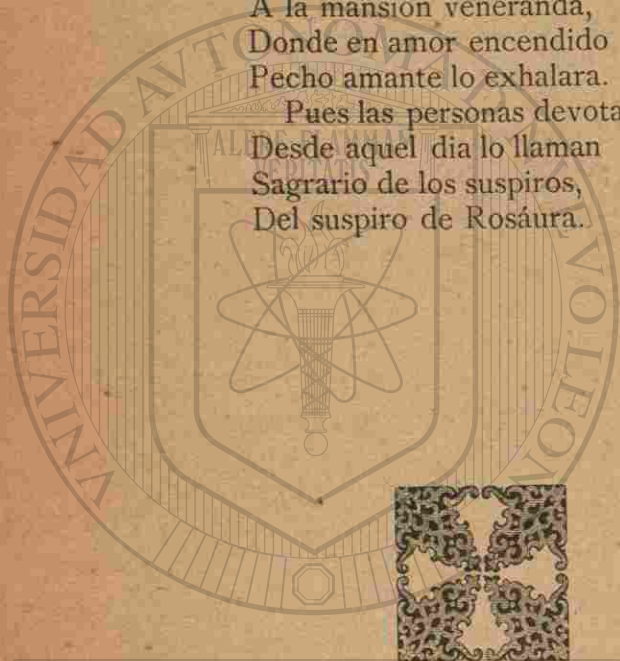
¿Y cuándo, mi dulce Esposo,
Cuándo merecí, cuitada,
Que tanto favor me hicieras,
Que tanto me regalaras?

¿Cuándo merecí, Bien mío,

Viviendo de tí olvidada,
Que para tí me eligieras,
Para esposa me buscaras?
¿Cuándo merecí, Señor,
Finezas tan sobrehumanas,
Mercedes tan celestiales,
Tanto amor, y dicha tanta?
¡Qué infiel sería, Amor mío,
Qué infiel si algún día ingrata
Olvidarte yo pudiera
Por vanidades mundanas!
¡Qué infiel!... pero nó, Bien mío!
No me turben dicha tanta
Vanos recelos, ni acorten
Tus delicias soberanas!
Seré tan fina en amarte,
Como fino tú me adamas,
Que finezas con finezas,
Y amor con amor se paga.
Seré fiel siempre en quererte,
Siempre te amaré con ansia,
Que en eso el corazón mío
Todas sus delicias halla.
Y si ha de venir un día
En que falte a mi palabra...
Que ántes me falte la vida!
Que ántes muera muerte amarga!
Pero, nó! nó! Jesús mío;
No se apague aquesta llama,
Que saliendo de tu pecho
Al mío en amor abrasa.

Crezca esta llama amorosa;
Crezca, crezca, hasta que haga
Que tu corazón y el mío
En un mismo fuego ardan.
Que ese fuego me consuma,
Que me derrita y deshaga,
Uniendo en fusión divina
Con el Amado á su amada.
¡Oh Jesús! que eterna dure
Aquesta unión sacrosanta!
Que los años no la entibien,
Que no se mengüe con nada.
Que el tiempo no la mancille;
Que el tiempo que veloz pasa,
Siempre amándote me encuentre
Y nunca de tí olvidada.
Que sea fina en amarte,
Como fino tú me adamas;
Que finezas con finezas
Y amor con amor se paga.
Esto dijo dulcemente
La virtuosa Rosáura,
Y exhaló un tierno suspiro
De lo profundo del alma.
Suspiro que resonando
En la Iglesia solitaria,
Fué á perderse en el sagrario
Donde Jesús se ocultaba.
Suspiro que repitieron
Con célica resonancia
Los Angeles que alrededor,

De aquel sagrario se hallaban.
Suspiro que dió su nombre
A la mansión veneranda,
Donde en amor encendido
Pecho amante lo exhalara.
Pues las personas devotas
Desde aquel día lo llaman
Sagrario de los suspiros,
Del suspiro de Rosáura.



EL PREFACIO DE LA MONJA.

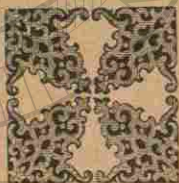
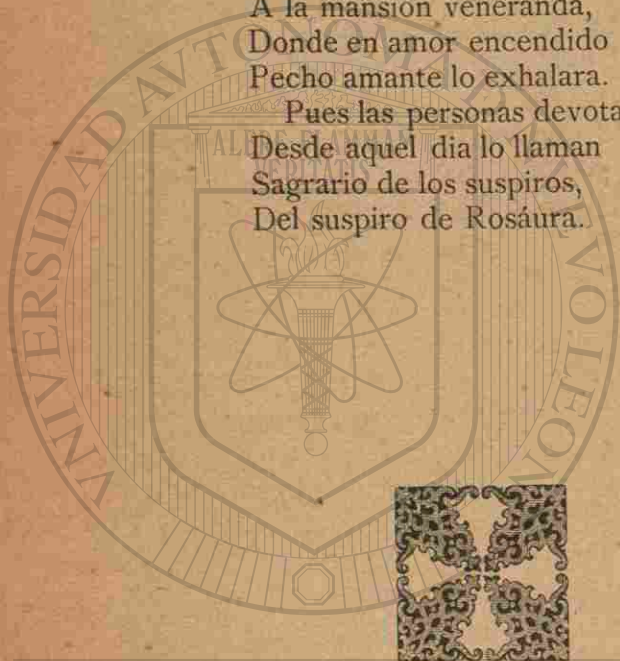
Fulcite me floribus... quia amore lingo.
Cant. II, 5.

A rezar entré una tarde
en la Iglesia solitaria
de un antiguo monasterio,
y, cuando el rezo empezaba,
percibí el eco sonoro
de una voz dulce y pausada,
que en el tono del Prefacio
así sus penas cantaba:

«Confortadme con aromas,
que me languidece el alma,
desfallecen mis sentidos,
y muero de enamorada!

Ay amor ¡Amor divino!
en tu amor todo me inflama,
á tu amor todo me incita
y de tu amor todo me habla.

De aquel sagrario se hallaban.
Suspiro que dió su nombre
A la mansión veneranda,
Donde en amor encendido
Pecho amante lo exhalara.
Pues las personas devotas
Desde aquel día lo llaman
Sagrario de los suspiros,
Del suspiro de Rosáura.



EL PREFACIO DE LA MONJA.

Fulcite me floribus... quia amore lingo.
Cant. II, 5.

A rezar entré una tarde
en la Iglesia solitaria
de un antiguo monasterio,
y, cuando el rezo empezaba,
percibí el eco sonoro
de una voz dulce y pausada,
que en el tono del Prefacio
así sus penas cantaba:

«Confortadme con aromas,
que me languidece el alma,
desfallecen mis sentidos,
y muero de enamorada!

Ay amor ¡Amor divino!
en tu amor todo me inflama,
á tu amor todo me incita
y de tu amor todo me habla.

Amor me dice el susurro
del céfiro, cuando pasa
por el jardín del convento,
murmurando entre las plantas.

Amor me dice el sonido
de la vibrante campana,
que en la torre de la Iglesia
cántigas nocturnas canta.

Amor ¡Amor! me repite
con dulce suspiro el aura,
cuando juguetona mueve
de mi celda la ventana.

Amor me dicen las aves
que al sol cantan la alborada;
y amor las que en noche oscura
medrosas silban y graznan.

Amor me dice la fuente
con sus murmurantes aguas;
y amor las flores del huerto
con su exquisita fragancia.

Amor me dicen los trinos
del ruiseñor, cuando canta,
dando al aire sus querellas
celosas y enamoradas.

Amor me dicen los vientos,
cuando enfurecidos braman,
tronchando pinos del bosque
en las agrestes montañas.

Amor me dicen los truenos
de la espantosa borrasca;
y amor la abundante lluvia

que la tormenta descarga.

Amor me dice la luna,
cuando en la noche callada
sobre la dormida tierra
su pálida luz derrama.

Amor me dice el silencio
de esta mansión retirada
con el rumor misterioso
de las nocturnas plegarias.

Amor me dicen los claustros,
amor los tránsitos claman,
y amor repiten los ecos
de mi celda solitaria.

Amor me dicen las rejas,
amor el coro me canta,
y amor me grita el Sagrario,
de mi Amor cárcel sagrada.

Ay Prisionero divino!
dime si mi amor te agrada,
que es para mí el no saberlo
muerte crüel é inhumana.

Pero no, ¡no me lo digas!
que me matan tus palabras;
si dices que sí, de gozo;
si que nó, de pena amarga.

Si callas, muero de angustia,
de dicha ó dolor, si me hablas;
muero de todas maneras,
y tus amores me matan.

Ay amor ¡amor divino!
enciéndeme más, y acaba

de matarme y derretirme,
poniendo fin á mis ansias.

Confórtame con aromas,
que me languidece el alma,
desfallecen mis sentidos,
y muero de enamorada.»

Aquí enmudeció la voz
que dulcemente cantaba;
y el eco repercutía,
vagando por las arcadas.

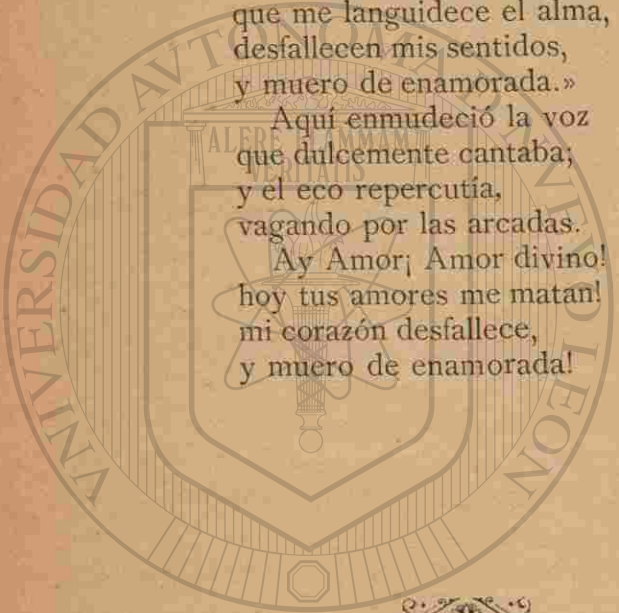
Ay Amor; Amor divino!
hoy tus amores me matan!
mi corazón desfallece,
y muero de enamorada!



LA AUSENCIA DEL AMADO.

*Quæram quem diligit anima mea.
Cant. III, 2.*

Al pie de hermosa colina,
Entre copudas acacias
Y entre cipreses erguidos,
Solitario se levanta
Un antiguo monasterio
De religiosas descalzas,
Asilo de la inocencia.
Nido de palomas castas.
Nunca cuidados terrenos
Allí tuvieron entrada;
Jamás el pesar sañudo
Penetró sus puertas santas,
Por reinar en su recinto
La paz, la dicha y la calma.
Allí, nadando en delicias,
La fervorosa Rosaura
Vive cual ángel humano,



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



De su Dios enamorada:
Y Jesús, que se complace
En regalar á las almas,
Cuando amorosas le buscan,
O cuando ausente lo llaman,
Sobre su mística esposa
Místicos dones derrama,
Y con favores divinos
La consuela y la regala.

A veces cual padre amante
A su regazo la llama,
Con sus manos la acaricia
E interiormente le habla
Palabras de tal dulzura
Que ella queda embriagada.
Otras cual activo fuego
Que sin consumir abrasa,
Suavemente penetra
El corazón de Rosáura
Y, ardiendo en amor divino,
Se siente toda inflamada.

A veces cual tierno niño
Que la enamora y encanta,
Se le aparece y la mira
Con dulcísima mirada,
Y al fuego de aquellos ojos
Queda derretida el alma.
¡Qué coloquios! qué delicias
Entonces siente Rosáura!
Qué consuelos! qué dulzura!
Qué dicha tan soberana

Es la que goza así, ardiendo
En amor toda abrasada!
Mas ¡ay! que llega un momento
De amargura sobrehumana
En que el Amado la deja,
En que Jesús se le aparta;
Y para más encenderla
En el fuego que la abrasa,
Se ausenta, ¡oh dolor! se ausenta,
Y la deja en tristes ansias.

Al sentir el desamparo,
Temerosa y resignada,
Llorosa y enternecida
Así al Amado le habla:
«Señor; ¿y vas á esconderte
De estos ojos que te aman?
Me vas á dejar sumida
En penas las más amargas?
Dulcísimo Jesús mío!
Reposo y bien de mi alma,
Amor mio y vida mía,
No te vayas, no te vayas!»

«Qué ha de hacer sola y sin ti
La esposa que te idolatra?
Dónde volverá sus ojos
Que encuentre descanso y calma?
Quien haya sentido el fuego
De tu divina mirada.
¿Qué verá ya que le agrada
En este valle de lágrimas?
Y te vas, y me abandonas?»

Te vas y me desamparas?
Ay Amor de mis amores,
No te vayas! no te vayas!
«Yéndote tú, Amado mío,
El alma de ti privada
¿Como es posible que viva
Si tú, su vida, le faltas?
Ay vida del alma mía!
No me dejes desolada!
Ay amado Esposo mío!
No te ausentes! no te vayas!»
Pero Jesús no la atiende:
Y como luz que se apaga,
O como sol que se esconde
Tras gigantescas montañas,
Así se desaparece,
Dejando en tiniebla al alma.
!Oh qué suspiros tan hondos
Exhala entonces Rosáura!
Qué soledad la rodea!
Qué amargura la embriaga!
Mira la naturaleza
Y la ve triste y sin gracia:
Para ella el día es noche
Sombria y encapotada;
No tiene arrebol la tarde,
Ni bella luz la mañana,
Ni melodía las aves,
Ni los jardines fragancias,
Ni murmullo los arroyos,
Ni el prado flores lozanas.

Ya no le encuentra embeleso
Ni á la selva solitaria,
Ni al arrullo de la tórtola
Ni al cimbreo de las palmas,
Ni á las márgenes del río,
Ni á sus transparentes aguas,
Ni al verde oscuro del campo,
Ni á las flores ni á las plantas;
Todo le fastidia, todo!
Y nada le alegra, nada!
Sumida en un mar de penas,
El paso dirige tarda
Hácia el jardín del convento
En busca de Aquel que ama;
Y viendo que no lo encuentra,
Así suspira con ansia:
«¿En dónde te has escondido,
Dulce Jesús de mi alma?
¿A dónde estás que no siento
Tu presencia regalada?
Arboles que alzáis airosos
Al cielo las verdes ramas,
¿Ha pasado por aquí
El Amado de mi alma?
Avecillas que trinando,
A Dios cantáis alabanzas,
¿Habéis visto por ventura
Al objeto de mis ansias?
Sol, que desde el alto cielo,
Sobre el mundo luz derramas
¿Sabes dónde se ha ocultado

El que mi pecho idolatra?
Angeles que estáis gozando
Su presencia regalada,
Llevad, llevad á mi Amado
Los suspiros de mi alma.

«Amado mío y Rey mío,
Sin tí la vida es pesada,
Sin tí me es insoportable
De mi existencia la carga:
¿Cuándo volverás, Dios mío,
A visitar á tu esclava?
Sabrosas me son las penas,
Señor, si tú me las mandas;
Pero tu ausencia, Bien mío,
Me crucifica y acaba.

¿Qué quieres con cruz tan grande?
¿Que viva crucificada?
Pues, Amor de mis amores,
Dulce imán de mi esperanza,
Dueño mío y gloria mía,
Que tu voluntad se haga!»



DESVELOs DE AMOR DIVINO.

Ego dormio, et cor meum vigilat.

Cant. V, 2.

¡Qué en vano! qué en vano el sueño,
Sobre el corazón que late,
Herido de amor divino
Plácido intenta posarse!

¡Qué en vano! qué en vano intenta
Hacer paz con mis afanes,
Y adormecer las potencias
Que en fuego celestial arden!

!Oh, qué mal se posa el sueño
Sobre los ojos que abre

Tu amor ¡Jesús de mi vida!
Oh, qué mal cerrarlos sabe!

Son las doce de la noche:

El mundo en silencio yace,

Y en pacífico letargo

Durmiendo están los mortales.

Sola yo velo, ¡Amor mío!

Sola yo velo anhelante,

Ocupada en tu memoria
Que consuela mis pesares.
Y desde mi pobre lecho
Sin dormir ni un solo instante,
Enamorada mi alma
Va al Sagrario á visitarte.
¿Por qué no iré con el cuerpo,
Si tu corazón amante
Yo siento, sin saber cómo,
Que no cesa de llamarme?
No más pereza, ¡Bien mío!
¡No más! voy á levantarme;
Voy donde tu amor me llama
A contemplar tus bondades.»
Esto dijo desvelada
Sor Rosaura, y al instante,
Dejando la dura cama,
Bajó al pié de los altares.
En la iglesia del convento
Por ventanas ojivales,
La pálida luna entraba
Al interior de la nave.

Todo era paz y silencio;
Todo soledad amable
Que á la oración convidaba
Libre ya el alma de afanes.
Ante el Sagrario se postra
Humilde, y con tiernos ayes
En plegarias y suspiros
Ardiente allí se deshace
«¡Qué dicha, Jesús! decía,

¡Qué dicha habrá comparable
A la de ser de tí amada
Y como esposa adorarte!
!Oh qué de gozos y bienes
Al alma tu amor le trae!
!Qué embeleso, qué dulzura,
Qué encantos tan inefables!
¿Oh! si un príncipe terreno
Cruel quisiera obligarme
A que aceptara su mano
O á qué dejara de amarte,
Qué ufana la despreciara
Por tí! por ser te constante!
Pues, ¿con tu amor comparadas
Cien mil coronas, ¿qué valen?
¡Nada, nada, Vida mía,
Nada, nada es comparable
A tus divinos consuelos,
A tus gracias celestiales!
!Oh, qué deleites tan puros,
Qué dulzura tan suave
Experimenta mi pecho
Cuando tu amor en él arde!
Que esos rayos encendidos
Que de tu corazón salen,
Den pábulo á mi ternura,
Al mío en tu amor inflamen.
Y en solícito desvelo
De tu lado no se aparte,
Ni de tu alma mi alma,
Ni de mi mente tu imagen.

¡Oh, si siempre la tuviera!
¡Oh, si siempre te adorase!
¡Oh cuanto amarte quisiera!
¡Oh cuánto quisiera amarte!

No lo ignoras tú, ¡Bien mío!
No lo ignoras tú, que sabes
De mi corazón las ansias
Y cuán fino ahora me late.

Tu conoces sus finezas;
Tu ves que vela incesante;
Que no duerme, que á tu lado
La guardia de honor te hace.

Tu ves mis tiernos suspiros,
Las vigiliás que constante
Paso aquí, y el tierno lloro
Que del corazón me sale.

Este insomnio que padezco,
Este aquí presente hablarte,
Y en tus delicias perderme,
Y en tu amor embriagarme.

¡Oh, Jesús ¡oh si pudiera
Mi corazón palpitante

Del tuyo ser el Sagrario

Y aquí en mi pecho encerrarte!

¡Oh quién lograra tal dicha!

¡Oh Jesús, si la lograse!

Mas ¡ay! el temblor me agita,

Me agita por todas partes.

¡Ven, Jesús, que desfallezco,

Conforta este pecho amante!

Y haz que el delirio que siento,

Plácido tu amor lo calme.

Calmalo tú, porque en vano
Sobre el corazón que late,
Herido de amor divino
El sueño intenta posarse.»

Esto Rosaura decía,
Mientras el sueño süave
Se apodera de sus ojos
Que comienzan á cerrarse.

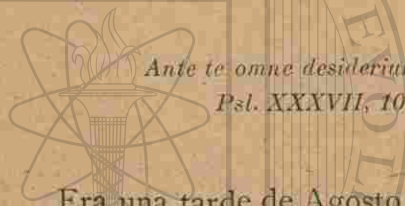
Y en su dormir parecia
La esposa de los Cantares
Que amorosa suspiraba
Esta entrecortada frase:

¡Ay Jesús! ¡Ay vida mia!
Aunque duerma, aunque descanse,
Vela por tí, por tí vela,
Mi corazón siempre amante.



LA ORACION DE UN LEGO.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS



Ante te omne desiderium meum.

Psl. XXXVII, 10.

Era una tarde de Agosto,
Tarde en que celebra el cielo
De su Reina inmaculada
El feliz coronamiento;

Y sentado bajo un arbol
De su monástico huerto,
Esto dijo, suspirando,
Un devoto hermano lego:

«Volad, pensamientos míos,
Volad con rápido vuelo
Por la región azulada
De los espacios inmensos.

Atravesad de las nubes
El turbio y dorado seno,
Y espaciaos por las alturas
Del hermoso firmamento.

Dejad atrás la osadía

Y el majestuoso vuelo
Del águila que se eleva
Por la región de los vientos:

De esa reina de las aves
Que desdeña el valle ameno,
La cúspide de los montes,
La inmensidad del desierto,
Y batiendo hermosas alas
Sube al anchuroso cielo
A mirar al sol, posada
Sobre nubarrones densos.

Volad así presurosos,
Volad, volad, pensamientos,
Y á María Inmaculada
Decidle que de amor muero.

No detengáis la carrera,
En ese estrellado cielo,
Donde giran velozmente
Cien mil planetas diversos;
No os pareis á contemplar
Los más brillantes luceros,
Ni la estrella matutina,
Del alba hermoso ornamento;

Sino volad afanosos
En alas del fluído eléctrico,
Y hasta ver á mi adorada
No detengáis vuestro vuelo.

Cuando lleguéis á dar vista
Al tan suspirado Empíreo,
Y veáis la ciudad santa
De todos los mundos centro;

Cuando sintáis la fragancia
De aquellos campos amenos
Y la envidiable frescura
De los collados eternos;
Al cruzar las arboledas
De aquel peregrino suelo
Y ver los dorados frutos
Mecidos por blandos cetiros;
Al percibir la armonía
Y embelesantes gorjeos
De las aves que allí cantan
En melodiosos conciertos:
Por Dios! que no os detengáis,
Sino volad, pensamientos,
Y decid á mi Adorada
Que por verla de amor muero.
Llegad, llegad á la Corte
Del gran Rey del universo,
A la Sión celestial,
Donde tengo mis afectos:
Llegad, llegad presurosos
Al Alcázar sempiterno,
Donde entre vírgenes puras
Mora la Madre del Verbo:
Entrad en aquella estancia
Por los caminos secretos
Por do entran los suspiros
Que van de la tierra al cielo.
Y humildemente postrados
Con religioso respeto
Ante el trono candoroso

Donde ella toma asiento;
Decidle á la Inmaculada,
Decidle á la luz del Cielo,
Decidle á mi dulce Madre
Con amorosos acentos:
Inmaculada María,
Madre del Divino Vervo,
Refugio de pecadores,
Del afligido consuelo:
A tí, Señora, venimos
Desde el arido desierto
Donde viven los mortales
Desterrados de este reino;
Desde la gloriosa España
A cuyo envidiable suelo
Tus plantas santificaron
En las orillas del Ebro;
De aquella tierra bendita
Do tus hijos predilectos,
Al recordar tus favores,
Se anegan en llanto tierno;
De España, donde Tú tienes
Una iglesia en cada pueblo,
Un amante en cada alma
Y un altar en cada pecho;
De allí, Señora, venimos
A ser fieles mensajeros
De un alma que por tu amor
Queda llorando y gimiendo.
Es el alma... Tú lo sabes.
Es el alma de aquel siervo

Que ha consagrado á tu amor
Su corazón todo entero.

Velo, cual llora en la huerta
De aquel su amado covento:
Mira como de sus ojos
Las lagrimas van cayendo.

Ese llanto lo producen,
Oh María los recuerdos
De los favores y gracias
Que le hiciste en otro tiempo.

Por ellos agradecido
Nos envía á tí diciendo:
Decid, decid á mi Madre
Que por verla de amor muero.

Decid que encienda mi alma,
Decid que abraze mi pecho
De su purísimo amor
En el ardoroso fuego.

Decidle que una mirada
De aquellos ojos serenos
Dirija de vez en cuando
Sobre aqueste pobre lego.

Decidle que quiero amarla,
Decidle que verla quiero,
Decidle que no me olvide,
Que con eso me contento.

Hablad así á mi Madre;
Habladle así, pensamientos,
Y después de haberle hablado,
Ay de mí . . . ¡Ay! atreveos:

Llegad amorosamente,

Depositad tierno beso
En aquella mano augusta
Que tantos bienes me ha hecho

Y sin aguardar respuesta,
Volved, volved, pensamientos,
Que á mí me basta que sepa
Que por ella de amor muero.»

Esto dijo suspirando
El devoto hermano lego,
Sentado bajo de un árbol
En la huerta del convento.

Era una tarde de Agosto,
Tarde en que celebra el cielo
De su Reina inmaculada
El feliz coronamiento.



LA BARQUILLA

A MERCEDITA

*Faeta est quasi navis institoris.
Proc. XXXI, 14.*

Vi un día en el mar inquieto
una primorosa lancha,
la quilla en el agua hundida,
la vela muy levantada.

El encrespado oleaje
la embiste con dura saña,
y moja su blanca vela
con las espumas que saltan.

Más pronto el sol que radiante
su luz sobre ella derrama,

— 55 —

la enjuga; y, cogiendo viento,
altiva surca las aguas.

Sigue presurosa el rumbo
que alto faro le señala,
y entra serena en el puerto,
luciendo su vela blanca.

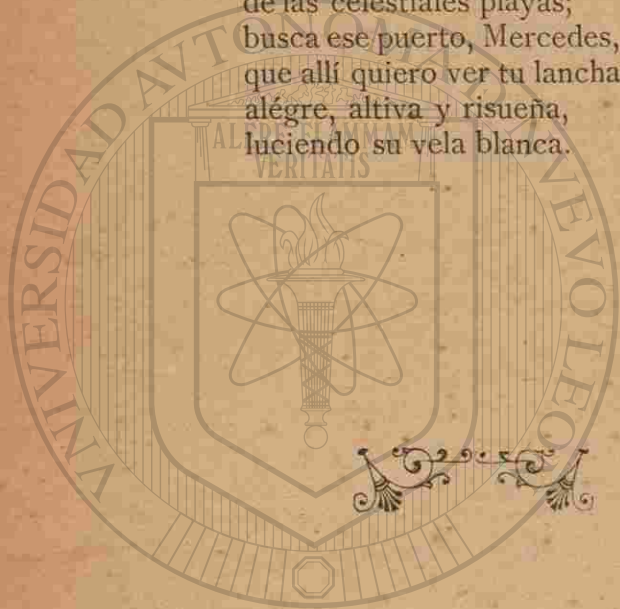
II

Mercedes, mar proceloso
es la triste vida humana;
tú la barquilla que airosa
surcas sus ondas amargas,
llevando la quilla hundida,
la vela muy levantada,
que, si tus piés van por tierra,
tu alma vá mucho más alta.

Si olas de dolor ó pena
te combatieren con rabia,
y se humedecen tus ojos,
derramando tristes lágrimas,
sol refulgente es la Virgen,
cuya amorosa mirada
enjugará el amargo llanto
del que en su dolor la llama.

010393

La religión es el faro
que con su luz te señala
el rumbo cierto y seguro
de las celestiales playas;
busca ese puerto, Mercedes,
que allí quiero ver tu lancha
alégre, altiva y risueña,
luciendo su vela blanca.



LA MUERTE DE UNA TERCIARIA

*Beati mortui qui in Dómino moriuntur.
Apoc. XIV, 13.*

Era una noche en que el viento
Con sordo rumor bramaba,
Gimiendo, cual alma en penas,
En balcones y ventanas;
Noche en que formaban coro
El ventisquero y el agua,
Con el trueno fragoroso
Precursor de las borrascas,
Noche oscura y procelosa,
La noche se presentaba
En la capital insigne
Que el Betis famoso baña,
Ya el estallido del rayo
A sus vecinos espanta,
Y pronto quedan desiertos
Paseos, calles y plazas.

La repetición del trueno
Los corazones embarga,
Y entre el zumbido del viento
Y las corrientes del agua
Todo ruido se pierde,
Todas las luces se apagan,
Los serenos no se oyen,
Los centinelas se callan
Y en temeroso silencio
Sevilla yace hasta el alba.
Solamente un religioso
De poblada y blanca barba,
Acompañado de un joven,
Presuroso caminaba.
Aquí tropieza y se hiere
Los pies, pues descalzo marcha;
Allá se resbala y cae;
Más adelante se encharca,
Y el invicto religioso
No se acobarda por nada:
Con el capucho calado
El aguacero aguantaba,
Y en su báculo apoyado
Firme prosigue su marcha...
Dejadlo! porque el amor
De Dios, que su pecho abrasa
Lo lleva á la cabecera
De una piadosa cristiana
Que en el lecho del dolor
Agonizante se halla.
Son las doce: sigue el viento

Bramando, cayendo el agua,
Y el trueno aterrorizando
Con horrisonas descargas.
En tan críticos momentos
Se ve abrir una ventana,
Y una enlutada cabeza
Que se asoma apresurada.
Mira al cielo, escucha un poco
Sin alentar, no oye nada.
Suspira y entristecida
Se oculta y vuelve á cerrarla.
Pocos minutos después
Se vuelve á abrir la ventana
Y se percibe una voz
Que murmura estas palabras;
«Las doce... y no viene nadie...
¡Oh Virgen de la Esperanza!
¡Haz que mi querida hija
De aquesta vida no salga,
Sin que venga el confesor
A recomendarle el alma!»
Cuando la piadosa madre
Concluía esta plegaria,
Se queda escuchando y oye
Sordo rumor de pisadas;
Era el santo religioso
A quien impaciente aguarda.
Trascurridos dos momentos,
El buen Capuchino estaba
Sentado á la cabecera
De la enferma, con quien habla:

—Vamos, hija, cómo estamos?

¿Te sientes mal, Juliana?

—Sí, padre, estoy aturdida;
Me encuentro muy fatigada.

—Quieres, pues, reconciliarte?

—Ya lo hice esta mañana,
Y desde entonces acá.

No se me ha ocurrido nada.

—Pues bien, hija, aquí me tienes,

Dime lo que te hace falta.

—No me falta, Padre mío,

Más que me encomiende el alma

Y me de su bendición

Para emprender la jornada.

—No te apures; tal vez

No morirás, Juliana.

—Sí, padre, me muero pronto,

No llego á la madrugada.

—Pues si muéres, es preciso

Que como buena cristiana

Mueras amandó á Jesús,

Redentor de nuestras almas.

¿Le amas mucho?

—Si le amo.

¿Deseas verlo?

—Con ansias.

¿Quieres gozarle?

—Ojalá.

Pues apercíbete y marcha.

Más antes dime; ¿te alegras

De haber dejado las galas,

Las fementidas riquezas;

Las vanidades mundanas?

—Sí, si padre! es lo que dá
Mayor consuelo á mi alma.

—¿Te alegran las penitencias

Impuestas ó voluntarias,

Con que maceraste el cuerpo

Desde que entraste Terciaria?

—Sí, padre; me alegran tanto,

Que nunca jamás pensara

Que en la postrimera hora

Tal alegría causarán.

—¿Te arrepientes de las culpas,

De los defectos y faltas,

Que acaso habrás cometido

En toda tu edad pasada?

Aquí quedó enmudecida

La dichosa Juliana:

Quiso hablar, pero la voz

Se le apagó en la garganta.

Respira... se esfuerza un poco

Y en voz moribuuda y baja,

Llorando á lágrima viva,

Articuló estas palabras:

Sí, padre, que me arrepiento

De cuántas culpas y faltas

Contra Díos he cometido,

Siendo á su bondad ingrata.

La amarillez de la muerte

Empezó á cubrir su cara,

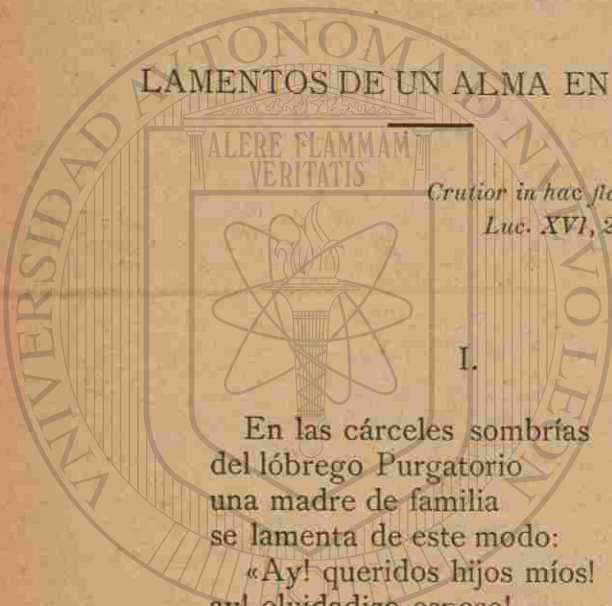
Y el celoso misionero

Prosiguió así: —Juliana,
¿Crees en todas las cosas
Que enseña la Iglesia Santa?
— Sí, yo creo en cuanto cree
La santa Iglesia Romana.
— ¿Amas á tu Criador?
Con la vida y con el alma.
— Pues bien: tu hora llegó;
Marcha al cielo, alma cristiana,
Marcha en el nombre del Padre
Que te sacó de la nada;
Marcha en el nombre del Hijo
Que sufrió muerte inhumana
Por redimirte y librarte
De las infernales llamas.
Marcha tambien en el nombre
Del que es Amor sin mudanza,
Del Espíritu Divino
Que santificó tu alma:
En sus manos te reciba
María la Inmaculada,
Y que de guía te sirva
El buen angel de tu guarda.
De aquella mansion dichosa
A tu encuentro alegre salga
Nuestro serafico Padre,
Con cuantos santos y santas
Hay de la Tercera Orden
En aquella feliz patria.
Proseguía el misionero...
Entretanto Juliana

Fija su vista en lo alto,
Hácia allá sus manos alza,
Déjalas caer, las cruza,
Se sonríe, queda en calma;
Cierra sus hermosos ojos,
Se nubla su frente clara,
Suspira... y al punto espira,
Entregando á Dios su alma.
Tál fué la dichosa muerte
De esta angelical Terciaria.
Por fin serenóse el cielo;
Cesó el viento, cesó el agua,
Y las llorosas estrellas
Con pálida luz brillaban.
Despidiose el religioso:
Las dos el reloj marcaba,
Y acompañado del joven,
Hermano de Juliana,
Volvíase presuroso
A su mansión solitaria
Con el hábito calado,
Lleno de barro y de agua,
Pero con el corazón
Lleno de alegría santa,
Por haber mandado al cielo
Una inocente Terciaria.



LAMENTOS DE UN ALMA EN PENA.



*Crucior in hac flamma;
Luc. XVI, 24.*

I.
En las cárceles sombrías
del lóbrego Purgatorio
una madre de familia
se lamenta de este modo:

«Ay! queridos hijos míos!
ay! olvidadizo esposo!
¿por qué dejado me habéis
en este triste abandono?»

Cautiva gimo en la cárcel
del sombrío Purgatorio,
entre pesadas cadenas
y tormentos espantosos.

El Eterno en su piedad
ha confiado á vosotros
el alivio de mis penas,
la libertad por que lloro.

— 65 —

¿Y me dejas sin alivio,
y me dejas sin socorro,
en situación tan triste,
tú, mi idolatrado esposo?
¿En dónde están las promesas
que en el lecho mortuario
me hizo de no olvidarme
tu corazón amoroso?

En aquel terrible trance
en que el mundo, presuroso,
como sombra fugitiva,
se alejaba de mis ojos;

El dejarte solo y triste
me fué dolor tan penoso,
que me aceleró la muerte
ver demudado tu rostro.

¿Y así pagas mis finezas?
¿no recuerdas, caro esposo,
que hasta el punto de espirar
tuve en tí fijos mis ojos?»

¿No fui yo siempre tu amada,
la que calmó tus enojos,
la que ahuyento tus cuidados,
la que te dió gusto en todo?»

Ay de mí! ¿y así me pagas
mis desvelos amorosos?
ay de mí! ¿y así me dejas
en trance tan doloroso?»

¿Que se han hecho tus caricias?
¿que tus promesas y votos?
!oh! qué triste desengaño!



EL NOVICIADO

A MI MADRE

Ya era tiempo, querida madre mía,
de romper mi silencio prolongado,
como ayer en su grata me decía.

Más ando por aquí tan endiosado,
y tengo lo terreno en tal olvido,
que, si usted no me hubiera recordado,

Lo que en otra le tengo ya ofrecido,
ni saliera de aqueste endiosamiento,
ni cumpliera jamás lo prometido.

Tanta mi dicha es! tal mi contento
en esta soledad grata y amena,
oculta bajo el nombre de convento!

Pero ya que manda usted y ordena
que le cuente mi austera y dulce vida,
en aquesta masión de encantos llena,

Voy á ver si, aunque sea de corrida,
le describo con vívidos colores
esta vida feliz y recogida,

Sin meterme en ocultos pormenores

que no hé de mencionar, por peregrinos,
ni ocultarle tampoco los rigores,

Que, con la gracia y el favor divinos,
en aquesta mansión quieta y callada
practicar los novicios Capuchinos.

Vea, pues, brevemente aquí contada
en humildes tercetos mal formados
esa vida feliz y retirada
que aborrecen viciosos y malvados.

I

Cuando marca el reloj las cuatro y media,
hora de la mañana silenciosa
en que el sueño pesado nos asedia,

El crujir de matraca estrepitosa
lo ahuyenta de mis ojos, al rüido
de su voz estridente y poderosa.

Como es de regla aquí dormir vestido,
despertar, saltar presto y arreglarme
es cuestion de un minuto no cumplido.

Elevo á Dios la mente, al levantarme,
y le pido después arrodillado
que su gracia y amor se digne darme.

Me lavo en dos por tres; y ya aseado,
arreglando mi celda espero suene
la señal de que han todos acabado.

Cuando al padre maestro le conviene,
hace el signo de aviso; nos formamos
y á pasarnos revista afable viene.

Antes que den las cinco al coro vamos,

y ofrecemos las obras de aquel día
al Señor, a quien fieles adoramos.

El *Angelus* decimos á María,
y despues recitamos sin demora
la de todos los santos letanía.

Terminada, pasamos una hora
de Cristo los dolores meditando,
y su muerte y pasión aterradora.

Unas veces contemplele sudando
gruesas gotas de sangre allá en el huerto
su caliz de amargura contemplando.

Otras veces lo miro casi muerto
en la cruz afrentosa, ó azotado,
herido, desangrado, casi yerto.

Ya le veo vilmente despreciado
por la turba furiosa é insolente,
ó con duras espinas coronado.

Y al verlo tan humilde é inocente,
maltratado, lloroso, y escupido,
siendo yo pecador el delincuente,

A sus plantas me postro compungido,
y llorando mi vida extraviada.

de mis culpas perdones mil le pido.

Una vez la oración ya terminada,
el coro dá principio al santo oficio,
cantando Prima y Tercia en voz pausada!

Y antes que se acabe este ejercicio
con las vestes sagradas preparado
á ofrecer de la misa el sacrificio,

El ministro de Dios ha ya llegado
al altar, do en la forma acostumbrada

el Cordero divino immaculado,

Del Calvario la victima preciada,
sacrifica; y nosotros la adoramos,
cuando eleva la hostia consagrada.

Casi siempre en la misa comulgamos,
y volvemos al coro reverentes,
do á la dulce oración nos entregamos;

Alli damos las gracias mas fervientes,
á Jesús, que de el hombre enamorado,
nos visita entre blancos accidentes.

¿Quien no queda suspenso y admirado,
viendo á Cristo su propio manjar hecho
y en medio de su pecho entronizado?

Oh que pasmo! mi indigno y sucio pecho
templo vivo es de Dios! y á su grandeza
no parece ni lobrego ni estrecho.

¿Con que se pagará tanta fineza?

II

Bendiciendo de Dios la providencia,
al sonar la señal del desayuno
a la mesa nos lleva la obediencia.

Si por suerte aquel día no es de ayuno,
nos dan sobria ración; tan corta agrego,
que a buen seguro está sobre a ninguno.

La faena y labor empieza luego
para aquel que en la Orden Capuchina
se llama por su dicha hermano lego.

Va alegre el cocinero á su cocina;
á su humilde taller el carpintero;

quien cuida del calzado á su oficina:

A la despensa marcha el despensero,
el portero á su ingrata portería,
á pedir la limosna el limosnero.

Busca el buen sacristan su sacristía,
contento el hortelano va á su huerta
y el ropero á su pobre sastrería.

Todos alegres van; no hay quien advierta
en ellos displicencia ó descontento,
sino muy al revés, la dicha cierta

Que causa el interior recogimiento,
mezclado de esa plácida alegría
que es hija de algun santo pensamiento.

Los coristas rezamos cada día
la devota y ternísima plegaria
llamada oficio parvo de María.

Y despues á la celda solitaria
pasamos á estudiar nuestras lecciones
para dar luego bien clase diaria.

El maestro nos hace esplicaciones
tan fervientes, que á veces se emociona,
y las suelen cortar los graves sonos

Del cimbál que cancion alegre entona
y en los aires vibrando dulce nente
á las once nos llama á sexta y nona.

Acudimos al coro prontamente,
y al rezo de las horas va seguido
qe conciencia un examen diligente.

Mide en él cada cual muy bien medido
lo due tiene ó no tiene adelantado
en la senda difícil que ha emprendido;

Si es humilde, prudente y aplicado,
fervoroso, callado, penitente,
ó al reves, hablador y descuidado.

Y, si en algo se encuentra deficiente,
en presencia de Dios su culpa llora
y del yerro ó descuido se arrepiente.

Mas, si ve que aprovecha y que mejora,
al Señor gracias da con alegría
y otra vez su favor y auxilio implora.

Entre tanto há llegado el mediodía
y tocan á comer; nunca comemos
los novicios el pan de cada día,

Sin que antes el alma alimentemos
con algun ejercicio penitente
que nosotros sabido nos tenemos.

Domado el propio amor, humildemente
á la mesa nos vamos de seguida,
y en ella de manera conveniente

Nos reparten los platos de comida
dos hermanos de barba plateada,
de presencia apacible y comedida.

La pitanza, si no es muy delicada,
como no suele serlo de ordinario,
es al menos bastante y aseada;

Pues la edad y trabajo aquí es tan vario,
que por no hacerlo á nadie muy penoso,
á todos hay que dar lo necesario.

En tanto que comemos con reposo,
y yo con gusto y de temor ageno,
no interrumpe el silencio rigoroso.

Mas que la clara voz y tono ameno

del corista que lee diligente
un libro de piedad devoto y bueno,

Para que de este modo se alimente,
con el libro y comida que tomamos,
el espíritu y cuerpo juntamente.

De seguida al Señor gracias le damos,
y el augusto y divino Sacramento
en la iglesia ó el coro visitamos,
con humilde y profundo rendimiento.

III

Así que este ejercicio concluimos,
á la huerta nos vamos al recreo,
en el cual nuestro espíritu esparcimos.

Mientras unos recorren el paseo,
otros varios cultivan lindas flores,
y en el mismo trabajo yo me empleo.

Cultivo las de más gratos olores,
para luego llevármelas al templo
á los pies del Amor de mis amores.

Muchas veces ufano las contemplo,
y, admirando sus formas y estructura
suelo de ellas tomar algun ejemplo.

La azucena de nítida blancura
me enseña la virtud de la pureza
con su olor, su fragancia y hermosura.

La violeta escondida en la maleza
me enseña la humildad; pues ve sin susto
del empinado cedro la grandeza.

Tambien al girasol miro con gusto,

y en su flor, que del sol la luz codicia,
veo bien retratado al varon justo,

Que mira siempre con igual delicia
á la luz de divinos esplendores,
á Jesús nuestro bien, Sol de justicia.

La rosa con su aroma y sus colores
de su propia hermosura envanecida,
aspirando al imperio de las flores,

Me dice los engaños de esta vida,
de la cual fugáz tiempo nos despoja,
como el aire á la rosa mas pulida:

Empieza á marchitarla, estando roja,
y, en un triste momento, decidido
sopla el cierzo crüel y la deshoja.

En tanto que asi ando divertido,
ó bien con los hermanos paseando,
ó bien entre las flores distraido,

La hora del silencio va llegando,
al sonar la señal enmudecemos,
y á la celda subimos meditando.

De la una á las dos siempre tene nos
descanso con silencio rigoroso,
y con él nuestras fuerzas reponemos.

A las dos toca el bronce sonoro
á visperas; y así que se han cantado,
á la Virgen rezamosle con gozo

El Rosario; despues de recitado
hacemos un buen rato de lectura
en la sala interior del noviciado.

De seguida á la Virgen santa y pura
obsequiamos su oficio completando;

y despues, . . . á estudiar literatura,
facultad que ahora estamos repasando.

IV

En gustosa leccion las horas paso
en la pobre y tranquila celda mia,
hasta llegar del sol el triste ocaso.

Entonces en amor y compañía
á rezar las completas todos vamos,
dando fin al oficio de aquel dia.

Las verdades eternas meditamos
una hora seguida: miro ufana
á la muerte, á la cual nos acercamos.

Ya pienso que la siento no lejana,
ansiosa de dejar mi cuerpo inerte,
reduciendolo á polvo y sombra vana.

Ya pienso cual sera mi triste suerte
en el duro juicio inexorable
que sigue sin remedio á nuestra muerte.

A la mansion del llanto interminable
con la mente desciendo, y me consterno,
al mirar el tormento perdurable,

El suplicio, el horror, el fuego eterno
que el Señor expofeso ha preparado,
en los antros oscuros del averno

Para el malo que muere en su pecado,
despreciando las gracias y favores
que para su bien Dios le habia dado,

Otras veces despido estos temores,
me traslado á la gloria que esperamos,

pensado en sus dichosos moradores.

La oración de la tarde terminamos,
y hacemos colacion, ó parca cena
los dias que en semana no ayunamos.

El maestro de seguida nos ordena
un rato de expansion, que él hace grata
con su presencia y con su parla amena.

Unas veces divinamente trata
de la regla y su místico sentido,
de un modo tan sublime que arrebatá.

Otras, con el rostro ya encendido,
nos habla del camino tan estrecho
que en la tierra los santos han seguido.

Nos despide, y yo marchó satisfecho
á pedir á la Virgen me bendiga
y á buscar el reposo de mi lecho;

De mi lecho, que, en buen hora lo diga!
aunque es dura tarima, nada leve,
alivia de mi cuerpo la fatiga.

De ordinario me acuesto hácia las nueve,
y antes que de su curso recorrido
la primera mitad la noche lleve,

Me despierta á maitines el ruido
de la enorme matraca que usted sabe,
como arriba le dejo referido.

De los miembros sacudo el sueño grave;
alegre y diligente al coro vuelo
para que en él mi voz á Dios alabe.

Empezamos, besando el duro suelo,
á las doce; y unimos nuestras preces
á las mismas que cantan en el cielo,

La una y una y media dan á veces,
y el oficio divino no termina;
más no largo por eso me parece.

Sigue luego una buena disciplina
que semeja el ruido... Mas callemos
lo interior de la vida capuchina!

Mas humildes y mansos que queremos
á la celda volvemos desde el coro
á dormir otro rato, si podemos.

Yo en la mía me postro, y allí lloro,
recordando que niño me olvidaba,
de la excelsa Beldad que ahora adoro.

Y que, pobre de mí! solo cantaba
las bellezas del mundo fermentado
que falso y seductor me encandilaba.

Con este pensamiento, compungido
me suelo recostar, y el sueño aplaca
mis pesares, dejándome adormido.

Pero pronto la voz de la matraca
otra vez á las cuatro y media suena,
y del sueño gratisimo me saca,
para empezar de nuevo la faena.

V.

Tales son mis tareas de ordinario;
mas los días de fiesta llegan luego,
y los suelo pasar mas solitario,

Como son eso días de sosiego,
unas veces con plácida alegría
á la santa oración algo me entrego.

Otras busco la grata compañía
de los libros, mis dulces compañeros
que me sirven de luz, de norte y guía.

Ellos son mis mejores consejeros,
que sin viles lisonjas ni reparos
corrijen mis defectos verdaderos.

Ellos son mis amigos los más caros;
jamás me lisonjean ni me adulan,
y al hablarme y reñirme son bien claros.

Ellos son, otrosí, los que regulan
mis acciones de un modo inmejorable,
y al bien siempre me incitan y estimulan.

Ellos la soledad me hacen amable,
y me colman de grandes beneficios
con su santa lección siempre agradable.

Con estos venturosos ejercicios
vivo alegre y feliz en el convento
entre mis numerosos connovicios.

Y vivo tan feliz, que solo siento
el haber tanto tiempo resistido
al del cielo divino llamamiento.

De aquella resistencia arrepentido
y, aspirando á grandezas soberanas,
profesar y morir á Dios le pido.

Contar suelo los meses y semanas
que me faltan para eso todavía,
y aun las tardes, las noches y mañanas.

Mas al fin llegará el dichoso día
de la mi profesión tan deseada,
y quiero verla en ella, Madre mía.

Pida mucho á María Inmaculada

que me alcance del Todopoderoso
esa gracia de mi tan codiciada.

Cuando sepa ese día venturoso,
con tiempo le pondré cuatro renglones,
que pienso escribiré con sumo gozo.

Entretanto, copiosas bendiciones
pide á Dios para usted, Madre y señora,
en sus tibias y pobres oraciones.
este hijo que la quiere y que la adora.

Sanlúcar Barrameda 1 Mayo 1880.



Á MI MADRE

II.

Madre, sali con tal prisa
de Sanlúcar Barrameda,
que ni tiempo tuve entonces.
para escribirle dos letras.

El cartoce del pasado
me entregaron la obediencia,
y el mismo día á las cuatro
partía para éstas tierras.

El tren marchaba volando
por las llanuras inmensas
de Jerez y de Lebrija,
de los Palacios y Utrera.

Con presteza dimos vista

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



á la hermosa y fértil vega,
donde la sin par Sevilla
sus altas torres ostenta.

Por las orillas del Bétis
el de apacible, risueña
y adormecida corriente
que los pesares alegra;

Por las extensas llanuras
de esa dilatada vega
que los árabes poblaron
con orientales palmeras;

Caminamos presurosos
hasta llegar á la Sierra
que por su verdor negruzco
lleva el nombre de Morena.

Pronto á Córdoba alcanzamos,
á Córdoba patria egregia
de Eulogio, Osio y Gonzalo,
de Góngora y Juan de Mena.

Y seguimos caminando
por las faldas de su sierra,
dejando atrás á Montoro,
á Hiliturgis y á Baeza.

Vimos en Despeñaperos
la enorme sima y las grietas
que el río Magaña forma
en lo interior de las peñas.

Al entrar ya de la Mancha
en las llanuras inmensas,
volviendo hacia atrás la vista
me despedí de mi tierra.

De esa tierra deliciosa,
hermoso jardín de Iberia,
patria de héroes insignes
y madre de los poetas.

El desapiado tren,
sin escuchar mis querellas,
me llevaba presuroso
á dar vista á Valdepeñas;

Y despues á Manzanares,
y luego á la hidalga tierra,
que produjo á D. Quijote,
segun Cervantes nos cuenta.

Oh que aspecto el de la Mancha!
no ví en su agostada tierra
los olivos y naranjos
de las béticas praderas.

De vez en cuando una torre
se divisa á las mil leguas,
cual se divisa en los mares
una hermosa y blanca vela.

Y luego nubes de polvo,
una soledad desierta,

algun molino de viento,
ó algun rebaño de ovejas,

Hasta llegar de Toledo
á las escarpadas sierras
y á sus fértiles llanuras
que otra vez la vista alegran.

Pasamos el régio sitio
de Aranjuez, ciudad amena,
cuyos bosques y arbolados

el Tajo y Jarama riegan.

Llegamos á descansar
á Madrid, corte opulenta
de Reyes, que en otro tiempo
dieron ley á mar y tierra.

Después de corto reposo
volví á la marcha, y en ella
saludé á Alcalá de Henares,
Guadalajara y Sigüenza.

Creo que me salió el sol
en tierras aragonesas,
al entrar de Zaragoza
en las campiñas amenas.

Pase por Calatayud,
me detuve en las Casetas,
y después no paró el tren
hasta llegar á Tudela.

El 17 á la una
Llegué fatigado á esta,
con mas sueño que un sereno,
sí toda la noche vela.

Esta ciudad de Pamplona
es una gran fortaleza
de muros inespugnables
que casi da miedo el verla.

Es patria de grandes hombres
en las armas y en las letras,
cuna de santos ilustres
y prelados de la Iglesia.

Nuestro espacioso convento
esta sito en las afueras

sobre la orilla del Arga
que sus viejos muros besa.

Circuido de arbolado
y con una hermosa huerta,
me parece una Cartuja
de aquellas de la edad media.

Aquí me traen mis prelados
á proseguir la carrera,
y hasta que no la concluya
esta será mi vivienda.

Ya hemos empezado el curso,
y el curso es cosa tan seria,
que ya me quitan el sueño
filosóficos problemas.

Esta vida, madre mía,
tiene mucha diferencia
con aquella que llevaba
en Sanlúcar Barrameda.

Allí era todo rezar,
aquí estudiar con firmeza;
allí buscar la virtud,
aquí procurar la ciencia.

Estudiamos ocho horas
cada día, incluso en ellas
las dos que mañana y tarde
en la cátedra se emplean.

De filósofos antiguos
tengo la cabeza llena,
y de filósofos nuevos
estoy hasta las orejas.

Sin embargo he de estudiar

con todas mis pobres fuerzas,
 porque así lo quiere Dios
 y lo manda la obediencia.

Voy á suspender la lira,
 en el techo de mi celda,
 y hasta no ser Sacerdote
 quizá no pulse sus cuerdas.

Estudiar y ser muy bueno,
 adquirir virtud y ciencia,
 son mis ansias; quiera Dios
 que frutadas no me sean.

Está demás el decirle
 que mi vida es tan amena,
 tan sosegada y tranquila
 que nada envidio en la tierra.

Aquí no reina el engaño,
 ni la ilusión pasagera,
 ni esos sueños de que el hombre
 solo en la tumba despierta.

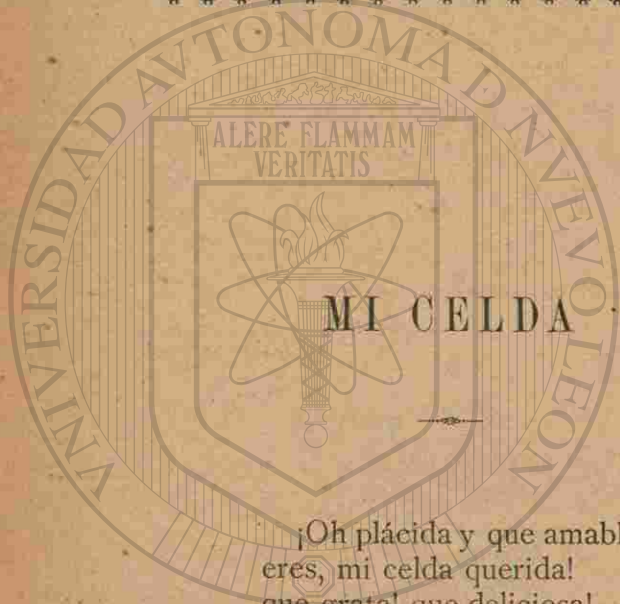
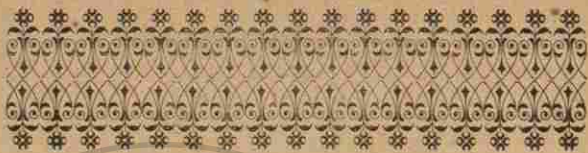
Todo aquí es paz, todo gozo,
 todo conforta, consuela
 y me ayuda á proseguir
 la ya comenzada senda.

Aquí en esta soledad,
 lejos de mi amada tierra,
 vivo con tanta alegría,
 como si estuviera en ella.

Que este mundo es un destierro,
 valle de llanto y miseria
 y solo aspiro á vivir
 en la Patria verdadera.

Adios! adorada madre;
 mi corazon va con esta
 y un abrazo de su hijo
 que la quiere muy de veras.

Pamplona 30 de Octubre de 1881.



¡Oh plácida y que amable
eres, mi celda querida!
que grata! que deliciosa!
que sosegada y tranquila!
Bien mereces que te cante
al blando son de mi lira
la más amorosa endecha
en acompasada rimas.
A tí debo yo los años
más felices de mi vida;
á tí debo mi quietud,
mi descanso, mi alegría,
y te quisiera pagar

estas deudas tan crecidas
con endechas amorosas
y con trovas peregrinas.
Déjame, pues, que te cante,
celda mil veces bendita,
y ojalá que mi canción
resultara de tí digna.

Desde niño en tí soñaba,
pobre celda capuchina;
por tí dejé el santo hogar
de mi adorada familia;
dejé por vivir contigo
mi casa tan blanca y limpia
como llena de recuerdos,
de esos que nunca se olvidan.
Buscándote abandoné
á mi amada Valencina
con sus verdes olivares
y su alegres campiñas;
Y después de buscar mucho,
te hallé, pobre celda mía,
en el extremo de un claustro,
modesta, humilde, escondida,
lejos del mundo malvado
y de sus viles mentiras,
rodeada de silencio,
de arboledas circuida,
llena para mí de encantos
y de inefables delicias.

Tu fuístes la compañera
de mi juventud florida;

el lugar de mí refugio,
 el asilo de mi dicha
 y el puerto de mi descanso
 en los mares de la vida.
 Tú en largos años de estudio,
 fuiste mi mejor amiga,
 una hermana que en mis penas
 me llenabas de alegría,
 de consuelo en mis tristezas,
 y de aliento en mis fatigas.
 ¡Oh que días pasé en tí
 con mis libros y mi lira!
 Y cuánto gozo ahora mismo
 con tu hermosa perspectiva!
 Desde el bosque no lejano
 y de esta huerta vecina
 te envían fragante aroma
 las silvestres florecillas,
 el ruiseñor sus trinos,
 las ayes sus melodías,
 la fuente su rumor grato,
 sus besos la fresca brisa;
 el mar su ronco murmullo,
 el cielo su luz divina;
 y en tí disfruta mi pecho
 las inocentes delicias,
 el bien, la calma apacible
 de la retirada vida,
 de esa vida venturosa
 á do no llega la envidia,
 ni las miserias del mundo

lleno de prosa mezquina.
 Cuando de tí me separan,
 celda por siempre bendita,
 para recorrer los pueblos
 de mi hermosa Andalucía
 y repartiles el pan
 de la palabra divina,
 predicando en las aldeas,
 en las ciudades ó villa;
 salgo á predicar gustoso,
 mas apenas se termina
 mi trabajo, dejo el pueblo,
 por tu amor, celda querida;
 y te busco presuroso
 porque me es tu compañía
 tan dulce, tan agradable,
 tan deliciosa y tranquila,
 que aumenta en mí los deseos
 de oscura pasar mi vida
 en tu quietud y silencio,
 gozando mi propia dicha.
 Alguna vez me obligaron
 á dejarte, celda mía;
 y en alas de la obediencia
 volé á las remotas islas
 que están al último extremo
 de la vasta Océanía,
 cruzando extrañas regiones
 y playas desconocidas.
 He recorrido la tierra
 cual viajera golondrina;

he atravesado los mares,
 he habitado en sus orillas,
 he subido á las montañas,
 he morado en sus colinas,
 he vivido en hondos valles,
 en solitarias campiñas,
 en ciudades populosas,
 en aldeas pobrecillas
 y en todas partes te he echado
 de menos, celda querida,
 y en todas ellas ansiaba
 volver á tu compañía.

Visité muchas ciudades
 de belleza peregrina,
 Milan, la de alegres plazas,
 Florencia, en jardines rica,
 Venecia, perla del Adria,
 Napoles, la sibarita,
 Paris, la voluptuosa,
 Barcino, la de anchas vías,
 Valencia, la de las flores,
 mi pintoresca Sevilla,
 Granada, la del Alhambra,
 Génova la etrusca, y Niza:
 vi sus palacios de mármol
 que deslumbran mi vista,
 y á mis ojos fuíste siempre
 mejor que ellos, celda mía.

Hasta en la ciudad eterna,
 cruzando sus anchas vías,
 admirando sus palacios

y esplendorosas basílicas;
 cuando allá en la Vaticana,
 la mayor que el orbe admira,
 entre un inmenso gentio
 de cien naciones distintas,
 á los piés del Padre Santo
 su bendicion recibia,
 en medio del entusiasmo
 de mil estruendosos vivas;
 cuando parece que el alma
 absorta todo lo olvida,
 yo me acordaba de tí
 con júbilo, celda mía,
 y deseaba volver
 á tu soledad tranquila.

Sí; yo no quiero vivir
 lejos de tu compañía;
 quiero contigo morar
 todo el tiempo de mi vida;
 y cuando triste y penosa
 la ancianidad ya me rinda,
 y viajero fatigado
 de andar por ásperas vías
 vea el término cercano
 de mi atareada vida,
 ¡ay! entonces quiera el Cielo
 que en tí esté yo, celda mía!

Quiero pasar mi vejez
 en tu soledad tranquila;
 yo quiero morir en tí
 y en tí empezar la partida

de esta vida miserable,
 llevando en mi compañía
 por viático divino
 al Dios de la Eucaristía.
 Yo quiero dejar mis huesos
 bajo de la cruz bendita
 del modesto cementerio
 que desde tí se divisa;
 al pié de aquellos cipreses,
 que con sus puntas erguidas,
 verdes siempre y siempre tristes,
 parece que al hombre gritan:
 El cuerpo yace aquí abajo!
 El alma voló allá arriba!

Y aquí se acaba mi canto
 celda mil veces bendita!

Como te debo los años
 más felices de mi vida,
 mi sosiego, mi quietud,
 mi descanso y mi alegría;
 quise pagarte mis deudas,
 mis deudas harto crecidas,
 con endechas amorosas
 en acompasadas rimas.
 Ojalá que esta mi trova
 resultara de tí digna,
 que, para cuanto te debo,
 no es paga, ó es muy mezquina,

LÍRICAS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



A MI DULCE PASTORA

MI corazón suspira,
Pastora de mi alma, por cantarte;
y así templo la lira
con ansias de ensalzarte,
y de amor dulces himnos entonarte.

A ti elevo mi acento,
porque mi vida á ti la he consagrado;
y no ha de haber momento
en mi vivir cuitado
que no esté á tus amores dedicado.

Por tanto, Madre pía,
no deseches mis cantos y loores;
escucha la voz mía,

atiende á mis clamores,
y dispensa á mi alma tus favores.

Inclina á mi tu oído;
mi plegaria despacha generosa;
inspiración te pido,
si me la das piadosa,
á tu beldad diré canción preciosa.

Cantarte no merezco;
mas, por si tu bondad los aceptare,
mis cánticos te ofrezco;
si en ellos te olvidare,
enmudezca mi voz, cuando cantare.



ALAMISMA

ODA.

Inspiración creadora
y célica melodía
dame ¡oh Dios! en este día,
y cantaré á mi Pastora
la más bella poesía.

Dame ¡oh Dios Omnipotente!
la voz dulce y argentina
del serafín más ardiente,
para cantar dulcemente
á mi Pastora divina.

Dámela! para alabar
á esta sin par criatura,
que es más radiante, más pura
y más digna de admirar,
que el cielo con su hermosura.

Dámela! y seré el cantor
de mi divina Pastora;
dámela! y con sacro ardor
seré siempre el trovador

de esta celestial Señora.

Que no es númen terrenal,
no es el humano talento,
no es el poeta mortal
quien cantar puede el portento
de Reina tan celestial.

Tan solo el querub brillante
que admira su gentileza
podrá cantar su belleza;
y si no, ya no hay quien cante
dignamente su grandeza.

Por eso tu auxilio pido,
pues, aunque quiero alabarla,
y dulce trova cantarla,
siento el ánimo abatido
y no me atrevo á entonarla.

Más, acaso, ¿acaso el ave
también no canta en el huerto,
aunque al jilguero no sabe
imitar en su concierto
vago, harmónico y süave?

Entonces, ¿porqué razón
no me tengo de atrever
a tributar mi cación
á esta divina mujer,
imán de mi corazón?

Lejos de mí los temores!
venga, venga el plectro santo!
que, humilde mi voz levanto,
y á la flor de mis amores,
con entusiasmo le canto.

Ya, cobrando aliento y brío
digo á mi Pastora amada:
la voz del corazón mio
y estos versos que te envío
recibe, Madre adorada!

Himnos quisiera cantarte
de amor, honor y alabanza;
pero debo confesarte
que el númen mio no alcanza,
linda Pastora, á ensalzarte.

Más tú, gloria de Sión,
y sol de la poesía;
un rayo de inspiración
infunde en la mente mía,
que dé vida á mi canción.

¡Salve, Zagala donosa,
Hija del eterno Padre!
Salve mujer misteriosa!
de Dios Hijo digna Madre,
del Santo Espíritu Esposa.

Eres, Pastora, el encanto
de los ojos que te ven;
del infierno eres espanto,
y del Dios tres veces Santo,
tres veces santa también.

Eres, divina Pastora,
más pura que son las flores
de fragancia embriagadora,
cuando esparcen sus olores,
al amanecer la Aurora.

La rosa más encarnada,

la más fragante azucena,
con tu beldad comparada,
seguramente no es nada,
Pastora de gracia llena.

Los cipreses de Sión,
la más gallarda palmera,
los lirios de Zabulón...
todo es figura grosera,
nada en tu comparación.

Mas, ¿qué digo? el sol radiante,
la luna argentina y bella,
y la más fúlgida estrella,
pierden su luz rutilante
junto á tí, Madre y doncella.

Que tú sola eres, María,
del cielo aurora brillante,
estrella que al puerto guía,
flor deliciosa y fragante,
causa de nuestra alegría.

Eres la puerta del cielo,
refugio de pecadores,
del angustiado consuelo;
eres la flor de las flores
que han nacido en este suelo.

Eres... decírtelo quiero;
eres... ¿cómo lo diré?
eres mi amor verdadero;
y así, yo nunca sabré
espresar lo que te quiero.

¿Ves cuántas veces la aurora
por el Oriente salió?

pues, mira, linda Pastora,
más veces te quiero yo
que veces salió la aurora. (1)

¿Ves en amenos jardines
cuantísima flor brotó?
pues, Reina de querubines,
más veces te quiero yo
que flores dan los jardines.

¿Ves cuánta onda espumosa
en la playa se estrelló?
pues mira, Zagala hermosa,
más veces te quiero yo
que olas da la mar undosa.

¿Ves cuánta estrella brillante
el firmamento pobló?
pues mira, Pastora amante,
más veces te quiero yo;
más veces en cada instante.

¿Ves, en fin, la arena fina
con que Dios al mar cercó?
Pues bien, Pastora divina,
más veces te quiero yo
que el mar tiene arena fina.

Pero ¿por qué me fatigo
en decir lo que te quiero?
Escucha bien lo que digo:
Pastora, de amores muero,
por ir á vivir contigo.

(1) Seame lícito imitar aquí á un poeta profano,
y espiritualizando elevando su pensamiento.

Pues, si tu belleza es tal,
 que embelesa y embriaga
 á la corte celestial:
 este mísero mortal,
 Madre, ¿qué quieres que haga?
 Qué hé de hacer, sino adorarte,
 alabarte y bendecirte,
 quererte y glorificarte,
 y, ensalzándote, decirte
 que siento afán por amarte?
 Y quien no andará afanoso
 por tí, divina Princesa;
 si tu gracia y gentileza
 es la esencia de lo hermoso
 y el tipo de la belleza?
 ○ Divina Pastora mía,
 ¿quién de tí no se enamora?
 ¿Quién te mira y no te adora?
 ¿Quién te adora y á porfía
 no te dá el alma, Señora?
 ¿Quién habrá que ande afanoso
 tras belleza fementida,
 y á tí, Pastora querida,
 hermosura de lo hermoso,
 no ame con toda su vida?
 ¿Quién tendrá tanta locura
 que deje el oro por cobre,
 al cobre por la basura,
 á lo rico por lo pobre,
 por lo amargo á la dulzura?
 ¿Quién será tan insipiente,

que deje á cualquiera hora,
 por la sierva á la señora,
 por la estulta á la prudente,
 por la oveja á su Pastora?
 ¿Quién habrá que no te ame?
 ¿Quién habrá que no te estime?
 ¿Qué en su dolor no te llame?
 Que, si la aflicción le oprime,
 á tí, Pastora, no clame?
 Yo clamo, por te quiero;
 yo clamo, porque te adoro;
 clamo porque te venero;
 Pastora, tu gracia imploro,
 librame del lobo fiero.
 Ya sabes, Zagala mía,
 que nací para ser tuyo;
 por eso reniego y huyo
 del diablo, que en triste día
 me engañó y tuvo por suyo.
 Para tí ¡oh Madrel nací,
 y lo que el alma siento,
 fué que tuve atrevimiento
 para apartame de tí
 sin el menor fundamento,
 ¡Insensato! en qué pensaba,
 cuando me portaba así?
 Estaba fuera de mí,
 loco, y por eso pecaba,
 huyendo lejos de tí.
 Mas si estaba entonces loco;
 ahora que estoy en mi acuerdo,

tu piedad, Pastora, invoco;
 pues si pequé, como loco,
 me arrepiento, como cuerdo.

A tus piés está de hinojos,
 esta ovejuela perdida;
 téplense ya tus enojos,
 y á mí, Pastora querida,
 vuelve tus benignos ojos.

MI CUERPO Y ALMA TE ENTREGO,
 MI VIDA Y MI CORAZÓN;
 llorando á tus plantas llevo,
 y humildemente te ruego
 perdón, gracia y bendición.

Y en la hora de mi muerte
 asísteme, Virgen pía;
 goce yo dichosa suerte,
 y en aquel tremendo día
 tenga la dicha de verte.

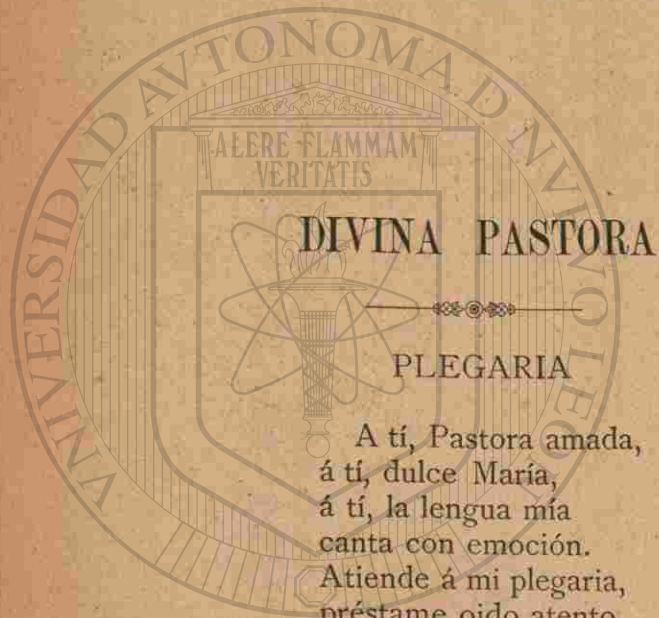
Y si viene el lobo airado,
 diciendo que yo soy suyo,
 hazlo huir con tu cayado,
 y llévame, pues soy tuyo,
 al cielo junto á tu lado,

Junto á tu lado en el cielo,
 ¿cuándo, cuándo me veré?
 ¿Cuándo dejaré este suelo?
 ¿Cuándo me remontaré
 á tu trono en raudo vuelo?

Mientras no llegue ese día,
 en que yo á tu lado esté,
 esta triste vida mía,

cantando la pasaré;
 cantándote á tí, María!
 ¡Salve, Pastora divina!
 por quien de amor mi alma muere;
 hermosura peregrina,
 tú sabes cuanto te quiere
 el cantor de Valencina.





A tí, Pastora amada,
á tí, dulce María,
á tí, la lengua mía
canta con emoción.

Atiende á mi plegaria,
préstame oído atento,
y escucha tú mi acento,
escucha mi canción.

En este mundo triste
de mísero quebranto,
nunca se acaba el llanto
ni cesa la aflicción:
soñaba yo en mi infancia
que aquí feliz sería,
y veo, Madre mía,
que todo fué ilusión.

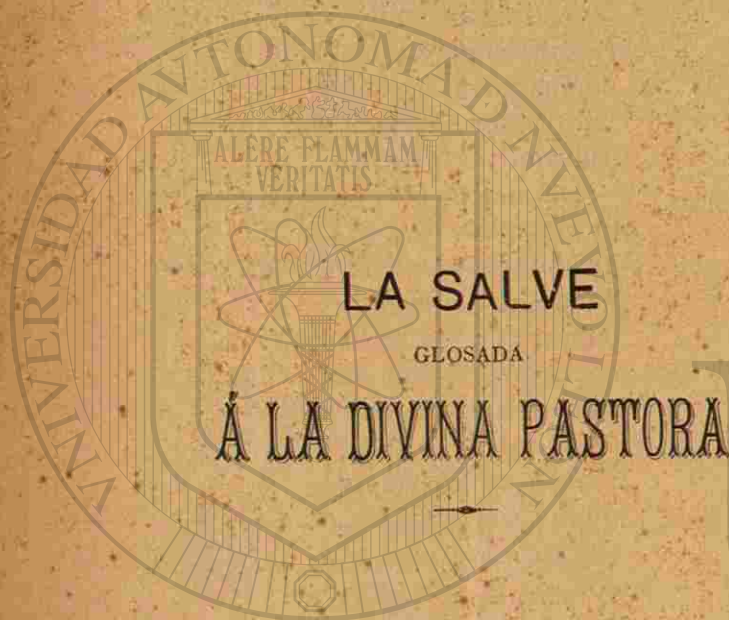
Me encuentro aquí en la tierra

cual frágil navecilla,
que aparta de su orilla
furiosa tempestad.
Las olas agitadas
combaten mi barquilla,
¡Oh Virgen sin mancilla!
¡salvame por piedad!

Del mundo y sus engaños
tu mano me defienda;
que nunca en sirte horrenda
naufraque mi virtud;
y en tí, Virgen sagrada,
encuentre el alma mía
su fuente de alegría,
su puerto de salud.

Así cantaré siempre
tu gloria y tu grandeza,
con plácida terneza,
con santa inspiración:
y si mi alma llorosa
á tí clama angustiada,
escucha, Madre amada,
el ¡ay! del corazón.

Tu siervo soy, ¡María!
tu oveja soy, Pastora;
tu hijo que te adora
con férvida emoción.
que al verte tan hermosa,
mi voz á tí levanto,
y en medio de mi canto
te ofrezco el corazón.



Si me das, dulce Pastora
un rayo de luz sagrada,
yo te alabaré, Señora,
diciendo con voz sonora:

¡Dios te salve, Reina amada!

Salve, sí, Pastora. mía,
iris de paz y concordia,
trono de sabiduría,
hermosísima María,
Madre de misericordia.

Tú eres la rosa más pura

que se crió en el Edén;
¡Oh tipo de la hermosura!
¡Oh madre del sumo bien!
Tú eres mi *vida y dulzura.*

Tú, brillantísima Aurora,
eres mi sabia Maestra,
tú, mi amable protectora,
y en fin, divina Pastora,
tú eres la *esperanza nuestra.*

Los que amor te profesamos,
al mirar tu linda cara
de júbilo nos llenamos;
y con voz vibrante y clara
¡Dios te salve! á tí clamamos.

Bálsamo de nuestros males
en este lugar de prueba
son tus ojos divinales
para los tristes mortales
Desterrados hijos de Eva.

Y pues todos confiamos
en tu protección piadosa,
á tus plantas nos postramos,
y con ánsia fervorosa,
Pastora, *á tí suspiramos.*

Estamos, sí, suspirando,
por gozar dichosa suerte,
tras de tí vamos marchando
y hasta que logremos verte
vamos *gimiendo y llorando.*

Ahuyenta nuestros temores,
haz que tu grey no desmaye

y aliméntala con flores
de virtud *en este valle*
de lágrimas y dolores.

Tu belleza encantadora
nos trasporta de alegría,
tu beldad nos enamora,
tuyos somos, Virgen pía,
Ea, pues, tuyos, Señora.

En el día del juicio
ponnos contigo á la diestra,
dándonos seguro indicio
de tener al Juez propicio,
siendo la *Abogada nuestra.*

Y aunque el Juez se muestre airado
con severidad y enojos,
porque al fin hemos pecado;
aunque esté muy enojado,
vuelve á nosotros tus ojos.

Que si al infeliz mortal
miran tus ojos piadosos
con cariño maternal,
el Juez y su tribunal
serán *misericordiosos.*

Así obtendremos victoria,
se enmendará nuestro yerro,
y será cosa notoria
ir á gozar de la gloria
después de aqueste destierro.

La cruz que es aquí pesada,
con gloria de eterna luz
será allí galardonada,

y entonces, Pastora amada,
muéstranos á tu Jesús.

A Jesús, bien infinito,
para el mortal que se encuentre
con el corazón contrito;
á Jesús, fruto bendito
de tu purísimo vientre,

Qué más, Pastora amorosa?
qué más, Virgen, te diré?
¡Oh María venturosa!
tu clemencia imitaré,
¡oh clemente! y ¡oh piadosa!

No habrá quien de tí me aparte,
porque toda mi alegría
está en quererte y amarte
y en todo trance llamarte
¡Oh dulce Virgen María!

¡Oh celestial bienhechora!
¡oh dulce Madre de Dios!
¡oh Zagala encantadora!
divinísima Pastora
ruega, Señora, por nos.

Al oír mi triste voz,
no dejes, no, de escucharme;
quiero correr de tí en pos,
tú no ceses de ampararme
¡Oh santa Madre de Dios!

Por nuestro común pecado
nosotros somos indignos
de morar junto á tu lado;
mas ruega á tu Hijo amado

para que seamos dignos.

Qui si tú, cual te rogamos,
por nosotros te interesas,
como de tí lo esperamos;
haremos cuanto podamos
para alcanzar las promesas.

Y con piedad y con fe
y con amor nunca visto,
aunque brame el Anticristo
seremos ovejas de
nuestro Señor Jesucristo.

En fin, divina Pastora,
delicia del mismo Edén,
sé tú nuestra protectora,
y en nuestra última hora
llévanos al cielo. *Amén.*



A MI CELESTIAL PASTORA

ODA

Quiero cantar: ¿a quién he de pedirle
notas para mi lira?
No á la musa profana,
musa de la mentira.

Pastora soberana,
mi numen tutelar, mi dulce encanto,
á tí las notas pido,
que con blando sonido
acompañen mi canto,
mezcla extraña de júbilo y de llanto.

¿Y como no llorar mi bien perdido?
Como no gemiré, viendo mi infancia
con su puro candor desvanecido,

cual la flor que ha quedado sin fragancia?
 Oh tiempo fenecido!
 oh inocencia deshecha ó disipada!
 ¿dónde, dime, te has ido?
 Pastorcita adorada,
 todo desapareció, ya solo queda
 vago recuerdo de la edad pasada.

Sí; recuerdo que en fértil arboleda
 las mañanas de mayo sonrientes,
 siendo niño pasé; y allí, Señora,
 mis labios inocentes
 tus glorias celebraban,
 y á tí, dulce Pastora,
 amores te cantaban
 en las verdes orillas
 de aquella clara fuente,
 donde tantas pintadas avecillas
 trinaban dulcemente.

Yo con ellas decía tus bondades
 y absorto contemplaba tu hermosura
 en la belleza pura
 de la cándida rosa;
 en la humilde verbena,
 en la malva fragante y olorosa,
 en la blanca azucena,
 en la alfombra de flores que cubría
 la vega deliciosa,
 y amante te decía:
 Más hermosa eres tú, Pastora mía!

Miraba la estructura
 de la montaña, que atrevida sube
 á confundir su altura
 con la parduzca nube;
 escuchaba el rumor grato y suave
 del viento, que llevaba entre sus alas
 el cántico del ave,
 y el alegre chalar de las zagalas;
 Por el bosque frondoso
 tendía placentera la mirada,
 gozando de su aspecto delicioso,
 y siempre concluía:
 Más hermosa eres tú, Pastora mía.

Pesando en tus amores me dormía;
 dormido te llamaba,
 y en mis gratos ensueños,
 siempre me despertaba
 el rumor de los besos halagüeños
 que en mi frente de niño
 tu amor depositaba
 con maternal cariño,
 mientras yo embelesado repetía:
 Más hermosa eres tú, Pastora mía!

Oh días venturosos, donde estais?
 Oh tiempos juveniles,
 oh floridos abrilés,
 decidme, donde andais?
 Pasaron como sombra aquellos días,
 y con ellos pasaron

mis dulces alegrías;
 pues me dieron los años
 amargos desengaños;
 y penas y dolores
 y culpas y temores
 el cielo de mi dicha oscurecieron,
 y en densa oscuridad me sumergieron.

¿Como no he de llorar mi bien perdido?
 ¿Como no gemire, viendo infancia
 con su puro candor desvanecido,
 como flor que ha perdido su fragancia?
 todo desapareció; ya solo queda
 vago recuerdo de la edad pasada;
 y... que recuerdo!, Pastorcita amada!
 Un redil y un aprisco misterioso;
 un valle delicioso
 y una oveja inocente
 por su dulce Pastora acariciada.

Después... recia tormenta
 que destruye el aprisco:
 una oveja sedienta
 que va de risco en risco
 pérdida, extraviada,
 dejando en los zarzales espinosos
 de su lana blanquísimos vellones,
 sin oír tus silbidos amorosos,
 ni gozar de tus dulces bendiciones,
 hasta que tú, piadosa,
 a buscas cuidadosa,

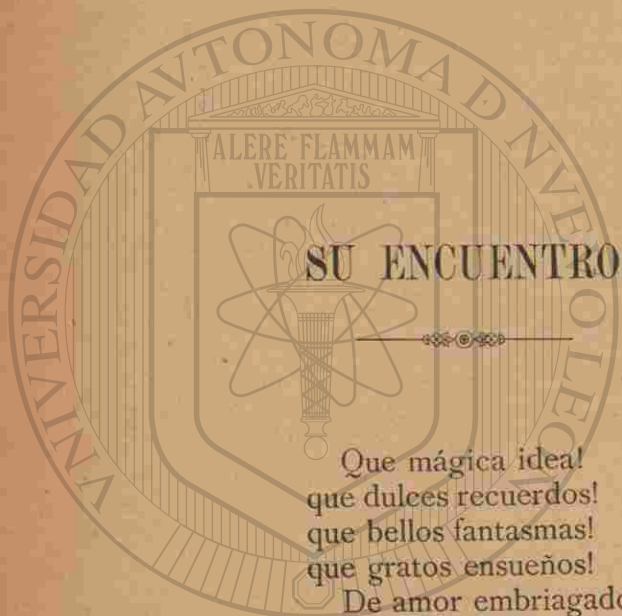
la traes á tu manada,
 y la haces tu oveja regalada.

Ya que á élla he venido
 otra vez, Pastorcita de mi alma,
 dame la paz, la calma,
 y el amor de aquel tiempo, que ya es ido.
 Pasaré como entonces todo el día
 tus glorias celebrando,
 y las noches soñando
 contigo, Madre mía;
 y de noche y de día
 con entusiasmo santo,
 te llamaré mi encanto,
 mi Pastora, mi cielo, y mi alegría!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 GENERAL DE BIBLIOTECAS





Que mágica idea!
que dulces recuerdos!
que bellos fantasmas!
que gratos ensueños!
De amor embriagado,
perdido ya el seso,
me hallé en la espesura
de bosques inmensos.

Mecía las ramas
levísimo viento,
dormidos rumores
así produciendo.

Mi dulce Pastora
cantaba á lo lejos;
y el hondo del valle
repite sus ecos.

Sus tiernas endechas
me hieren el pecho;
y salto amoroso,
buscando su encuentro.

Por riscos y breñas
velóz voy corriendo,
y á trechos me paro,
silbándole quedo.

La ví en un remanso;
acudo ligero,
llegué; y ya no estaba
mi dulce embeleso.

Herido de amores,
en alas del viento
ansioso la busco
por todo el desierto.

Traspongo los montes,
colinas y cerros;
me siento cansado,
reposo pretendo.

Y entonces su silbo
resuena á lo lejos;
me da nuevas fuerzas
y sigo corriendo.

Asáz fatigado
quedé sin alientos,
sudoso, rendido,
burlado en mi intento.

Oí nuevamente
sus dulces acentos,
su voz deliciosa,

cantándome versos.

Corrí do sonaba
y hallémela; cielos!
sentada en un risco
al pié de un abeto.

Zagala tan linda
jamás ojos vieron;
su rara hermosura,
al ángel da celos.

Su rostro parece
de Dios digno espejo,
y brillan sus ojos,
cual astros del cielo.

Me mira; y se alza,
sus brazos abriendo,
como si quisiera
darme abrazo tierno.

Abrí yo los míos
con santo respeto;
y apoyo mi frente.....

—Ay alma! silencio!

—Su diestra amorosa

enlaza mi cuello,

y yo... Madre mía!

—Silencio! silencio!

—Que dicha! que encanto!

que gloria! que cielo!

de gozo desmayo,

de amor languidezco!

En fuego me abraço;

de dicha me muero:

y entonces.....

.....que pena!!!

entonces despierto!

Despierto asombrado;
que fué? que fué aquello?

Pastora divina,

¿no fué mas que un sueño?

Los bosques, el valle,
las flores, los vientos,
los riscos, las breñas,
tus silbos, tus ecos,

Mi amor mis fatigas,
tu abrazo y tu acento,

Dívina Zagala,

no fué mas que un sueño?

Ay Madre! mi alma
no puede saberlo,

que entonces de amores
andaba sin seso.

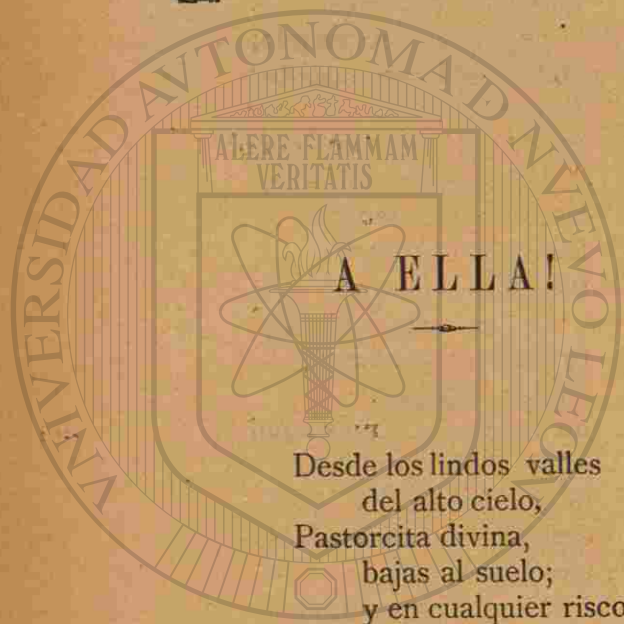
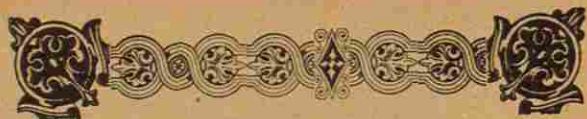
Por eso pregunta:

que fué? que fué aquello?

Y yo le respondo:

¡Fué un sueño! fué un sueño!!!





Desde los lindos valles
del alto cielo,
Pastorcita divina,
bajas al suelo;
y en cualquier risco
pones á tus ovejas
seguro aprisco.

Prendes con tiernos lazos
y ricos dones
de tus fieles ovejas
los corazones:
y así prendidas,
á tus plantas las tienes
de amor rendidas.

Tú corres tras de aquella
que con engaño
lobo astuto arrebató
de tu rebaño;
y por salvarla,
á la fiera castigas,
hasta ahuyentarla.

El defenderlas siempre
con tal porfía,
es señal que las amas,
Pastora mía!
ay! que bien sabes
curarles las heridas,
aunque sean graves!

A tí clama la enferma,
la atribulada,
pidiendo de tus ojos
dulce mirada;
y en su balido
te llaman el consuelo
del afligido.

Cuando de menos echas
á la pérdida,
por rescatarla dieras
tu propia vida.
Tierna Zagala,
en cuidar tus ovejas
nadie te iguala.

Tu les muestras la senda
de bienandanza,
en los fértiles prados
de la esperanza:
y con anhelo,
por ellos las conduces
al alto cielo.

Si algunas de tu aprisco
huyen rebeldes,
con silbos amorosos
presto las vuelves:
y después atas
con lazos de ternura
á esas ingratas.

Oveja ingrata he sido,
ponme esos lazos!
Vengan las ataduras
de tus abrazos:
Que tal lazada,
me hará por siempre tuyo
Pastora amada.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

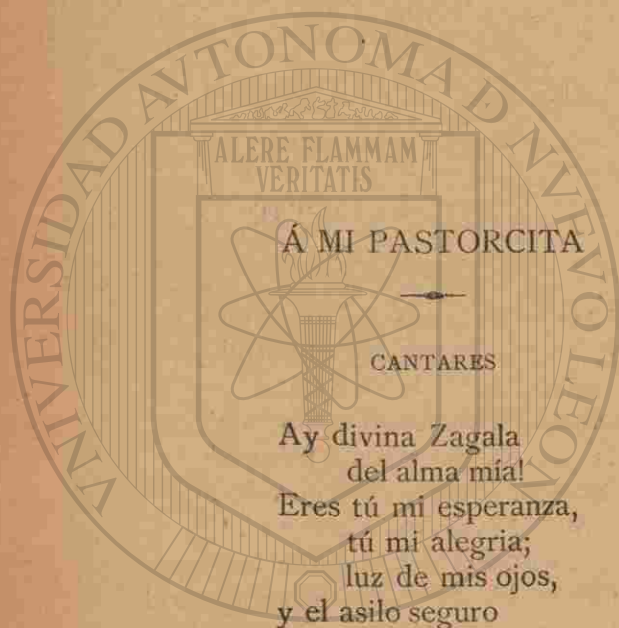


QUIEN COMO TÚ?

— — — — —

Quién como tú? Pastora idolatrada!
Quien como tú? Zagala encantadora!
Quien como tú? dulcísima Pastora!
Quien como tú? Doncella inmaculada!
Quien como tú? riquísima Abogada!
Quien como tú? graciosa Emperadora!
Quien como tú? purísima Señora,
Quien, como tú, fué nunca sublimada?
Quien como tú? dechado de hermosura!
Quien como tú? mi gloria y mi consuelo,
Quien, como tú, fué Madre y Virgen pura?
Quien como tú? delicia de este suelo!
Como tú, no hay ninguna criatura,
Ni en el mar, ni en la tierra, ni en el cielo!

®



Á MI PASTORCITA

Ay divina Zagala
del alma mía!
Eres tú mi esperanza,
tú mi alegría;
luz de mis ojos,
y el asilo seguro
donde me acojo.

A veces, en las ansias
de mi deseo,
sueño estar á tú lado,
y á veces creo
que dulcemente,
con tu mano acaricias
mi impura frente.

Y el corazón entonces
de amor deshecho,
de placer y de dicha
salta en mi pecho:
y en dulce calma
su vida y sus afectos
te da mi alma.

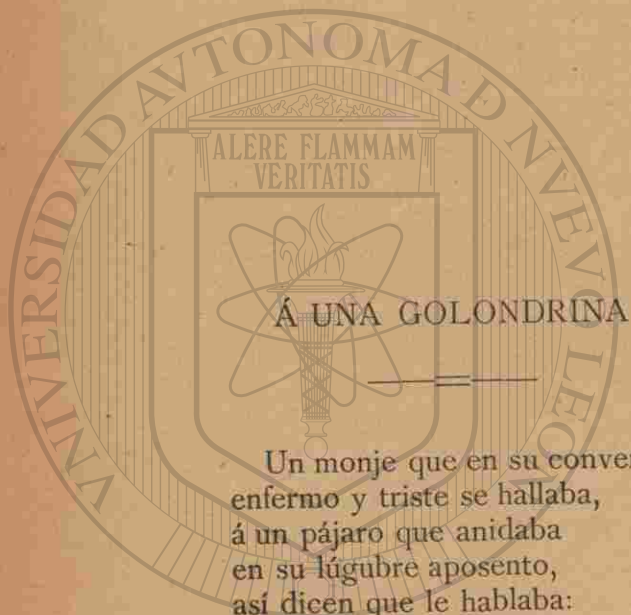
Yo soy tu oveja amante,
Madre querida,
oveja que balando
te dá su vida:
y en santo anhelo
te llamo mi Pastora,
mi amor, mi cielo!

Atame á tí Pastora,
con tiernos lazos,
formados con las cintas
de tus dos brazos;
que tal lazada,
me hará por siempre tuyo
Madre adorada.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Á UNA GOLONDRINA

Un monje que en su convento
enfermo y triste se hallaba,
á un pájaro que anidaba
en su lúgubre aposento,
así dicen que le hablaba:

«Golondrina, que tu nido
colgaste de mi ventana,
y que con blando chirrido
regalábasme el oído,
cantando por la mañana:

»¿Cómo te tardas hoy tanto?
¿Por qué razón no has venido
á mitigar con tu canto
el pesar, dolor y llanto,
de un corazón afligido?

»¡Oh avecilla, que volando
los aires cruzas ligera!
ven que te estoy aguardando,
y serás la mensajera
de un alma que está penando.

»Ven á prestarme el consuelo
que lloroso te suplico;
ven, ave de raudo vuelo,
que quiero enviarte al Cielo
con un papel en el pico.

»Toma, pues, y á esa morada
de gozo no interrumpido
llévatelo apresurada,
y dalo á la que es llamada
consuelo del afligido.

»Y le dices á María
que dolores y pesares
me atormentan noche y día;
que lágrimas vierto á mares,
que carezco de alegría.

»Que es mi destierro muy largo,
que es mi vida muy penosa,
y que por verla gloriosa
el vivir se me hace amargo
y la muerte deliciosa.

»Dile cual estoy aquí,
dile que verla quisiera,
que tenga piedad de mí,
que me lleve para sí
y me lleve cuando quiera.

»Y dado así tu recado,

no te quedes en el Cielo
ni en el espacio azulado;
sinó remonta tu vuelo
y ven de nuevo á mi lado.

«Para que con tu chirrido
prosigas cada mañana
en dar placer á mi oído,
posada en el viejo nido
que formaste en mi ventana.»

Así dicen que le hablaba
un Padre de mi convento,
que enfermo y triste se hallaba,
á un pájaro que anidaba
en su lúgubre aposento.



LA VIDA DEL CLAUSTRO

Con cargo de hortelano
mi huerto cultivó, en días mejores,
un religioso anciano,
que andando entre las flores,
cantaba de esta suerte sus amores:

«Pajarillos pintados,
desatad esa lengua vocinglera,
que los días templados,
la grata primavera
ha venido risueña y placentera.

Volad de los nogales
á los olmos, trinando dulcemente,
mientras que estos rosales
perfuman el ambiente
por el viento mecidos blandamente.

¡Qué risueño! ¡Qué hermoso
me parece de Mayo el primer día!
Salte el mundo de gozo,
que del Mes de María
otra vez ha tornado la alegría.

¡Oh huerto mío! oh flores!
oh fuente bulliciosa y plateada!
oh pájaros cantores!
con célica tonada
alabad á María inmaculada?

Viendo la lozanía
de este umbroso arbolado y su espesura,
¿quién no alaba á María?
Este olor y frescura
es la sombra que deja su hermosura.

¿A quién, á quien no hechiza
de María la cándida belleza?
Tu celestial sonrisa,
lindísima Princesa,
¿á quien no le arrebató y embelesó?

Oh pura, inmaculada!
Santísima y dulcísima María!
Mi alma enamorada
porfía y más porfía
por gozar de tu amable compañía.

Oh cuánto, cuánto diera
por verte á tí! Por eso estoy penando!
Oh si verte pudiera!
Entonces, espirando,
el alma tras de tí iría volando.

Oh! si yo en mis fervores
fuese abeja, volara y te trajera
la esencia de las flores
y la miel que extrajera
de las yerbas del campo en primavera.

Y si yo ser lograra
ruiseñor; ¡ay! entónces atrevido
á tus hombros volara,
diríate al oído
que por tí he de amor enloquecido.

Mas ya que esto no es dable
á lo menos, espejo de pureza,
con afecto incansable,
con delirio y firmeza
ame yo tu hermosura y gentileza.

Esto pido, esto quiero,
esto busco, á esto aspiro cada día,
por esto peno y muero,
por amarte, ¡oh María!
y en los cielos hacerte compañía.»

Esto el viejo cantaba,
cultivando las flores con su mano;
y yo que lo escuchaba
apliqué á mi hortelano
la canción del gran vate castellano.

¡Que descansada vida
la del que huye el mundanal ruido
y sigue la escondida
senda, por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido.



AUSENTE DE MI CONVENTO

Yo he visto un rosal criado
entre plantas olorosas,
y allí daba frescas rosas,
cuando el tiempo era llegado;
después lo ví trasplantado
por su dueño á otro lugar;
llegó Mayo, él fué á buscar
rosas, y lo vió agostado....

*Pobre rosal trasplantado,
Que rosas podría dar?*

Si del huerto la frescura,
de los árboles la sombra,
de verde yerba la alfombra,
y el correr del agua pura,
es lo que exige natura
para que crezca un rosal;
en medio de un erial,
del sol estivo abrasado,
*pobre rosal trasplantado,
qué rosas podría dar?*

Allí mismo ví un jilguero
 que en verde fronda anidaba,
 y dulcemente cantaba
 posado en un limonero;
 feliz siempre y placentero,
 allá, en el bosque sombrío
 en las orillas del río,
 ó en la fuente cristalina
 trinaba, y su voz divina
 alegraba el valle umbrío.

Después le ví prisionero
 en una jaula metido:
 ay! había enmudecido
 el pobrecito jilguero:
 un quejido lastimero
 se le solía escapar,
 cuando empezaba á trinar
 y se vía aprisionado:
pobre pájaro encerrado!
cómo había de cantar?

Si del huerto la frescura,
 de las plantas el verdor,
 y el perfume de la flor,
 y del bosque la espesura,
 y del campo la hermosura,
 y el verse libre y saltar,
 es lo que hace trinar
 al pajarillo pintado;

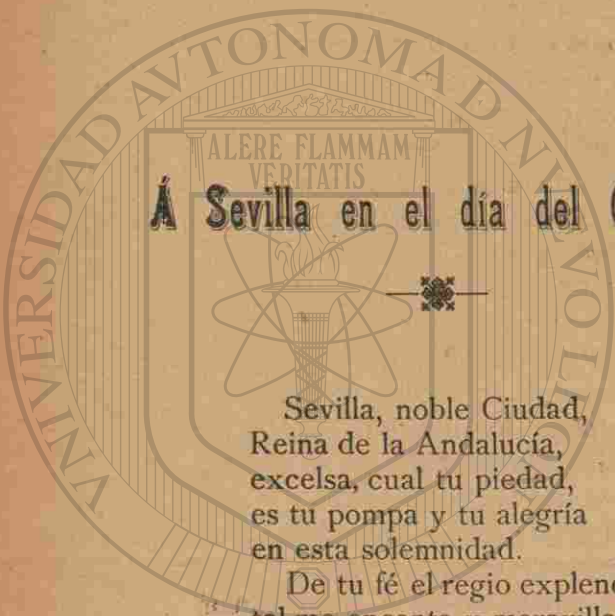
pobre jilguero encerrado!
cómo había de cantar?

Ay! qué pena, oh Dios amado!

oh qué trance este tan fiero!
 yo soy el pobre jilguero
 en triste jaula encerrado.
 Si allá en el claustro sagrado
 me viera, como me ví,
 si cantara entonces, sí,
 de mi libertad gozando;
 pero encerrado y penando,
 ¿quién canta, quién canta así?

Mas ten valor, alma mía!
 no te conturbes ni llores,
 desecha ya tus temores,
 revístete de alegría,
 que puede ser venga un día
 en que te den libertad,
 vueles á la soledad
 de tu anhelado convento,
 y allí con tranquilo acento
 cantes de Dios la bondad.

Y qué he de hacer entre tanto?
 oh alma! ama y espera,
 calla, sufre, persevera,
 vierte en silencio tu llanto,
 no te rindas al quebranto,
 no cedas á la tristeza,
 mira el cielo con firmeza,
 cállate y ten confianza,
 que en silencio y esperanza
 estará tu fortaleza.



Á Sevilla en el día del Corpus

Sevilla, noble Ciudad,
Reina de la Andalucía,
excelsa, cual tu piedad,
es tu pompa y tu alegría
en esta solemnidad.

De tu fé el regio esplendor
tal me encanta y maravilla
en el día del Señor,
que quisiera ser cantor
para cantarte, Sevilla.

Mas ¿cómo cantar podré
con humilde y pobre lira
la riqueza de tu fé?
si Dios mismo nó me inspira
jamás cantarte sabré.

Que la pobre cancion mia
la encuentro indigna de tí

en este solemne día
en que festejas así
á Dios en la Eucaristía.

Hoy bullen entusiasmadas
tus nobles corporaciones:
tus calles están colgadas,
adornados tus balcones,
tus plazas engalanadas.

Y numeroso gentío
tu inmenso recinto cruza
con alegre vocerío,
que llega en nota confusa
de la calzada hasta el río.

Y velando al sol ardiente,
los toldos dan grata sombra;
y hojas de laurel oliente,
sirviendo al suelo de alfombra,
embalsaman el ambiente.

Y con banderas vestida
de verde, azul, rojo y gualda,
repica enorgullecida
tu musulímica Giralda
que á la procesion convida.

Y en tanto que el aire atruena
un repique general
que en todas partes resuena,
la gente de gozo llena
invade la Catedral.

Y al rededor de sus rejas
entre inquieto y recogido
bulle el pueblo enardecido,

cual bulle enjambre de abejas,
en torno del árbol florido.

Muchedumbres apiñadas
en alegre confusión
llenan plaza, templo y gradas,
esperando entusiasmadas,
que salga la procesión.

Pasa el primer estandarte;
siguen las corporaciones;
allá van régios pendones...!
Mil pasos, joyas del arte
y envidia de otras naciones.

Ya el *Tantum ergo* ha empezado;
señal que por el trascoro
va Jesús Sacramentado,
cual monarca entronizado
en su gran custodia de oro.

Ya avanza el rey eternal
por entre el gentio inmenso;
ya Cristo en marcha triunfal
llega entre nubes de incienso
á la puerta principal.

La Giralda repicando
produce nueva alegría,
el ancho espacio atronando
con torrentes de armonía
que á los aires va soltando.

Y con sus sagrados sonos,
se mezcla el ronco estampido.
de los potentes cañones,
de las armas el ruido

y el murmullo de oraciones.

Y en tan solemne momento
millares de almas unidas,
en un mismo sentimiento,
allí adoraban rendidas
al Divino Sacramento.

Y el Dios de la Eucaristía
entre incienso, adoraciones,
salvas, luces y canciones
de la Catedral salía,
derramando bendiciones.

Una emoción celestial
entonces mi alma sintió,
dió el corneta la señal,
rompió la marcha real
y el pueblo se arrodilló...

Aquella escena inundaba
de gozo mi corazón,
que de júbilo saltaba
y á los ojos enviaba
lágrimas de devoción.

Y á mi garganta subía
un sollozo prolongado
que sofocar no podía,
porque en el pecho me ardía
el entusiasmo sagrado.

Y electrizado de ver
el pueblo ante Dios de hinojos,
ya no pude contener
el llanto, y dejé correr
las lágrimas de mis ojos.

Y mi emoción la aumentaba
el ejército formado
que la rodilla doblaba
y sus armas presentaba
al Señor Sacramentado.

Armas á su Dios rendia
la milicia... y entre tanto
acudió á la mente mia
la victoria de Lepanto
con los triunfos de Pavía.

Y evocado por mi mente
el recuerdo de la historia,
se presentó á mi memoria
la España del Rey prudente,
con su incomparable gloria.

Y... ¡oh Dios! entonces clamé:
si la antigua España un dia
señora del mundo fué,
todo lo debió á su fé,
á la fé que en tí tenia.

Mas ay! te ofendió altanera
y está su culpa expiando...
y aquella España guerrera
va en todas partes dejando
girones de su bandera.

De la bandera que izada
por su primera Isabel
en los muros de Granada
hizo huir precipitada
del moro la hueste infiel.

Y ora España en su desmayo,

ya no parece que es
la España de Don Pelayo,
la patria de Hernan-Cortés,
la España del Dos de Mayo.

Perdónala ya, Señor!
y dale dias de gloria;
mira su acervo dolor,
oye su triste clamor
y llévala á la victoria.

Mira sus legiones bravas:
Dios mio, míralas bien!
¿no son la que tú llevabas
á la victoria en las Navas,
en Clavijo y en Bailen?

Míralas! su fe sencilla
te adora con santo anhelo
puesta en tierra la rodilla:
bendícelas, rey del cielo!
por tu madre sin mancilla.

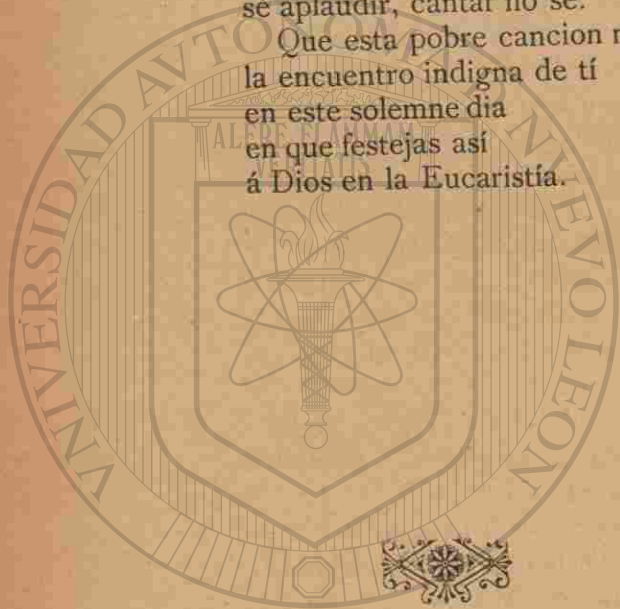
Y bendice á esta ciudad
que te adora por fortuna,
con tanto amor y verdad
cual no lo hace otra alguna
en esta solemnidad.

Sevilla, ví el esplendor,
la devoción y alborozo
con que adoras al Señor
en este dia de gozo,
y quise ser tu cantor.

Mas ay! en vano intenté

cantar! en mi canto ceso;
 que ante tu piedad y fe
 Sevilla, te lo confieso
 sé aplaudir, cantar no sé.

Que esta pobre cancion mia
 la encuentro indigna de tí
 en este solemne dia
 en que festejas así
 á Dios en la Eucaristía.



À JESÚS SACRAMENTADO

Del alma desterrado
 único amigo,
 Jesús Sacramentado
 vente conmigo:
 ven, que no quiero
 morir, y con tu ausencia
 de pena muero!

Llorando tus ausencias,
 paso las horas,
 gimiendo y arrullando,
 como la tórtola.

Sin tí, mi dueño,
 ¿qué tengo acá en la tierra,
 ni allá en el cielo?

Sin Tí, triste es la noche,
 triste es el dia;
 Sin Tí la misma gloria
 triste sería.
 ¡Ay! mi destierro,



contigo, Dueño amado,
parece un cielo.

Al ver de tu Sagrario
la puerta amada,
como azogue, de inquieta
se muere el alma;
y cual la Esposa,
amorosa pregunta:
¿Donde reposa?

Ven, ven, Jesús amado,
ven á mi pecho,
que de tu amor herido
quietud no encuentro:
ven á mi alma,
que sin tí, vida mía,
no encuentro calma.

Tu eres iman divino,
yo soy acero:
yo soy brújula inquieta,
Tu eres mi centro.
Herida cierva,
sedienta vive el alma
de tu presencia.

Si soy flor agotada,
tu eres el riego;
Si soy mariposilla,
tu eres el fuego:

solo, tú solo
calmar puedes mis ansías,
tu eres mi todo.

Ven, pues, del alma mía
único amigo;
Jesús Sacramentado,
vente conmigo,
que yo mis quejas
de tu prisión de amores
dejo en las rejas.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ALERE FLAMMAM
VERITATIS
Regnum coelorum intra vos est

EL ALMA A JESUS

Oh Jesús! en la prisión
de este cuerpo en que me veo,
salir y volar deseo,
volar á tu corazón
que es mi descanso y recreo.

Y vuelo de uno á otro lado,
corro de aquí para allí,
y después de fatigado,
oh Jesús, mi dueño amado,
te encuentro dentro de mí.

Con razón, Señor, no daba
con tu deseado encuentro;
pues yo por defuera andaba,
y tu estabas aquí dentro,
donde yo no te buscaba.

Buscándote por de fuera,
cielo y tierra recorri,
y, oh Señor, ¿quién me dijera
que estabas dentro de mí,
sin que yo lo conociera?

Dentro de los mismos senos
de mi alma, oh Dios, estás;
y tu los llenas tan llenos,
que el alma no puede más,
ni está contenta con menos.

U A N I L



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





A tí me acojo en mi dolor sombrío,
piadoso Corazón, dulce y clemente;
á tí me acojo, sí, Salvador mío,
no me niegue, Señor, tu pecho ardiente
el calor que me niega el hombre impío.

Cual náufrago infeliz que con espanto
busca abrigo en la playa semiyerto,
así vengo yo á tí, Corazón Santo,
buscando lenitivo á mi quebranto
en tu seguro y bonancible puerto.

Cansado de sufrir, á tí me acojo
del mundo y del infierno perseguido;
perdóname, Señor, aqúeste arrojó,

y mira con piedad, no con enojo,
el triste corazón de un desvalido.

Piedad, Señor, piedad! cese la guerra
que el averno contra mí ha suscitado;
á la calumnia vil la boca cierra,
que me espanta, Señor! Señor, me aterra!
verme dentro y de fuera calumniado.

Qué crimen cometí? cuál fué el delito
para ser injuriado de tal modo?
Es lo quererte á tí, Dios infinito,
y querer que te quiera el mundo todo
como yo lo requiero y solicito?

Es crimen conculcar al mundo insano
y arrojarlo al desprecio y al olvido?
Es delito quizá tender la mano
al huérfano infeliz que está caído,
abrazarlo y decirle, eres mi hermano?

Pues entonces, ¿por qué tan iracunda
me persigue la envidia rencorosa?
Oh qué amargo pesar mi pecho inunda!
Oh qué herida me causa tan profunda
la traición de los míos alevosa!

Si fuera mi adversario ó mi enemigo (1)
quien sañudo y feroz me persiguiera,
entonces... yo callára y lo sufriera!
Mas la negra traición del que fué amigo,
quién la puede sufrir? quién la tolera?

(1) Salm. LIV. 13.

Aquellos que á mi mesa se sentaban... (1)
 Los mismos que mi alma más quería...
 Aquellos que á mis pechos se criaban...
 A la vez me vendían y adulaban
 con audaz y estudiada felonía.

Por qué, Señor, así me ha sucedido?
 Ay! acaso, buscándote yo almas,
 me apartaba de tí y tú has querido,
 para volverme á tu amoroso nido,
 que ellos contra mí vuelvan sus armas.

Si fuere así, mi Dios, vengan baldones!
 cien mil calumnias contra mí se digan!
 Lleven ya, sobre mí persecuciones,
 que á los que me calumnien ó persigan,
 no un perdón, le anticipo mil perdones!

Pero dame acogida en ese nido,
 escóndeme, Señor, en tu sagrario,
 tenme cerca de tí bien guarecido;
 y alce luego su brazo mi adversario,
 que de mí no será ya más temido.

Aguce contra mí su lengua impía,
 y escupa su veneno emponzoñado,
 que de alivio ha de ser al alma mía,
 pensar lo que la tuya sufriría
 en la cruz moribundo y calumniado.

Con tu pena mi pena juntar quiero,
 mi amargura juntar con tu amargura,
 mi pesar con el tuyo! y así espero

(1) Salm. LIV. 15.

hallar algún alivio á mi tortura,
 en este trance de dolor tan fiero!

Por eso acudo á tí, á tí me acojo
 del mundo y del averno perseguido;
 perdóname, Señor, aqúeste arrojo,
 y mira con piedad, no con enojo,
 el triste corazón de un desvalido.

Esto dijo lloroso y sollozando
 postrado ante el altar un religioso
 sus pesares en él depositando:
 Yo escuché sus lamentos silencioso,
 y aquí los estampé casi llorando.



Sonet vox tua in auribus meis

(Cant. 2-14.)

Desde el día en que estuve,
○ Corazón Santo,
prosternado á tus plantas,
bañado en llanto:
Ay! desde entonces,
es de cera este pecho
que era de bronce.

Transformado está el fondo
del alma mía,
y oigo en ella unas voces
que antes no oía;
eco sagrado!
que de seguro es tuyo,
dueño adorado.

Esa voz deliciosa
que el alma siente,
la embriaga de amores
completamente:
Y en santa calma
solo amor se respira
dentro del alma.

Dulce voz! eco dulce!
de tal pujanza
que alientas y reanimas
mi confianza;
Háblame mucho,
que ansioso y en silencio
siempre te escucho.

Resuena en mis oídos
continuamente,
como suenan las olas
del mar hirviente;
que tu sonido
al corazón lo deja
de amor herido,

Amor que de él se sale
á borbotones
envuelto entre suspiros
y entre canciones;
como en la hoguera
brota la lláma y busca
más alta esfera.

Oh voz vivificante,
que das al alma
esperanza y consuelo,
quietud y calma;
suenan en la mía,
que sin tu dulce fuego
se torna fría!

Háblame, Dios amado,
y haz que rendido
en éxtasis eterno
viva á Tí unido;
viva de suerte
que de Tí no me aparte
vida ni muerte.

Háblame! y en mi alma
siempre resuene
tu voz, porque es la vida
que el alma tiene;
Ay! qué sería
de mí, si tu dejaras
de hablarme un día?

Resuena en mis oídos
continuamente,
como suenan las olas
del mar hirviente:
que tu sonido
al corazón lo deja
de amor herido.



EN EL TEMPLO



Cuando lleno de amargura
entro en tu Iglesia, Dios mío!
y angustiado, ó pesaroso,
á tu sagrario me arrimo;
Ay! entonces en el alma
siento un consuelo divino,
que disipa mi tristeza
y da á mis males alivio.

Almas tristes y angustiadas,
corazones afligidos,
venid! que hay en el sagrario
un bálsamo peregrino,
que cura todas las llagas,
á todo pesar da alivio,
y el llanto amargo convierte
en llanto dulce y bendito.

¡Oh que dulces me parecen
los sollozos y suspiros,
que exhalo al pie del sagrario,
donde estás, mi Dios! cautivo.
¡Oh como truecas en gozos
mis pesares y gemidos!
¡Con qué te podré pagar
tan inmenso beneficio?

Nada valgo, y nada soy;
pero esta nada, Dios mío!
tiene un corazón que late
amante y agradecido,
por pagarte tus favores,
y tus consuelos divinos,
quedándose prisionero
en el sagrario contigo.

En las redes de tu amor
aprisiónalo, Bien mío!
cautiva mi pensamiento,
que jamás te eche en olvido;
cautiva mi voluntad,
aprisiona mis sentidos,
hazme tuyo eternamente
y a tí eternamente mío.



SUSPIROS



Para aliviar el ardor
y el dulcísimo penar
que causa el divino amor
un suspiro es lo mejor:
Ay! dejadme suspirar!

Yo deseaba tu amor,
mi amado Jesús, y ahora
de esa llama abrasadora
sufrir no puedo el ardor;
pero es tan dulce el dolor
de ese fuego singular
que quien lo llega á gustar
quisiera estarse abrasado:
por eso estoy suspirando,
Ay! dejadme suspirar!

Siento un ardor insufrible
y me es forzoso sufrirlo;
muero por querer decirlo,
mas veo que es indecible:
puesto en lance tan terrible
es imposible callar,
y como no puedo hablar,
porque lo impide el dolor,
suelto un suspiro de amor...
Ay! dejadme suspirar!

La herida que tu amor hace
es de tal arte, Señor,
que, si se temple el dolor,
el corazón se deshace;
déjalo ya que se abraza
y se acabe de inflamar;
y pues no tengo de hallar
ningún lenitivo blando,
sino ardiendo y suspirando,
Ay! dejadme suspirar!

Vivir muriendo de amor
es una tan dulce muerte
que no trocaré tal suerte
ni aun por la dicha mayor.
Ay que sabroso dolor!
Ay que divino penar!
Esto es vivir ó soñar?
Si no sueño ni deliro
me ahogo, si no suspiro,
Ay! dejadme suspirar!

No mata al alma esta herida,
mas tampoco tiene cura,
y así queda sin ventura
entre la muerte y la vida.
No sabe si está perdida
ó si se llegó á ganar;
y es tan dulce su penar
que de dulzura y dolor
lanza suspiros de amor,
Ay! dejadme suspirar!

Cuando el alma de su centro
un hondo suspiro arroja,
quema como llama roja
que se escapa de allá adentro;
yo que esta llama no encuentro
quién me la pueda apagar,
por no dejarme abrasar
ni morir en tal dolencia
suspiro con vehemencia:
Ay! dejadme suspirar!

El herido corazón
halla gozo en su tristura,
dulcedumbre en su amargura,
calma en la tribulación,
lenitivo en su aflicción,
y descanso en su penar,
si es que puede respirar
y lanzar un ay! al cielo;
no negadme este consuelo,
Ay! dejadme suspirar!

Cuando Dios al alma hiere
 con tal sed de amor la deja,
 que gime, llora y se queja,
 porque de amores no muere;
 y lo único que quiere
 es amar y más amar;
 mas cuando siente el quemar
 de aqueste divino fuego
 solo un *ay!* le da sosiego:

Ay! dejadme suspirar!

El fiero dolor se amansa
 y la pena se mitiga
 y se alivia la fatiga,
 y el pecho triste descansa,
 cuando el alma al aire lanza
 en medio de su penar
 un suspiro singular
 un *ay!* que sube hasta el cielo:
 este *ay!* es mi consuelo
Ay! dejadme suspirar!

Para aliviar el dolor
 y el dulcísimo penar
 que causa el divino amor,
 un suspiro es lo mejor;
Ay! dejadme suspirar!



A los ojos del Niño Jesús

Vulnerasti cor meum... in
 uno oculorum tuorum...
 Cant. IV. 9.

El fuego de tus ojos
 hame abrasado;
 y yo muero de amores,
 Jesús amado!
 Que dulce herida
 me causan tus miradas,
 Dios de mi vida.

Confórtame con flores
 muy perfumadas,
 que de amor me derrito
 con tus miradas.
 Mirar divino!
 con tu dulce embeleso
 me desatino.

Son tus ojos, Bien mío,
fuego que inflama;
yo insecto que revuela
junto á esa llama:
cual mariposa
que á la hoguera se lanza,
se quema y goza.

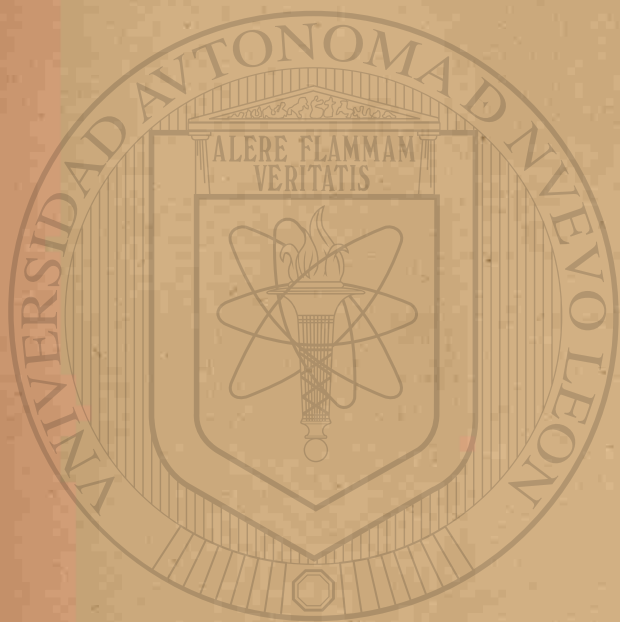
Tus ojos son mis soles,
prenda querida,
son mi cielo y mi gloria,
mi luz y y vida.
Ojos amados!
para mí no esteis nunca,
nunca! cerrados.

Si siento que me falta
vuestra luz pura,
quedo como la noche
triste y oscura.
Ay ojos bellos!
hiéranme día y noche
vuestros destellos.

Destellos celestiales
Jesús envía
con sus dulces miradas
al alma mía:
y sé de cierto
que al rigor de sus ojos
quedaré muerto.

Si me miran, me causan
mortal herida;
si dejan de mirarme,
quedo sin vida.
¿No es cosa fuerte
que en uno y otro caso
me den la muerte?

Ya que á muerte, Dios mío,
tu me condenas,
si me miras, de gozo;
si no, de pena;
pido de hinojos,
que me maten mirando
tus dulces ojos.



IDILIOS Y EGLOGAS

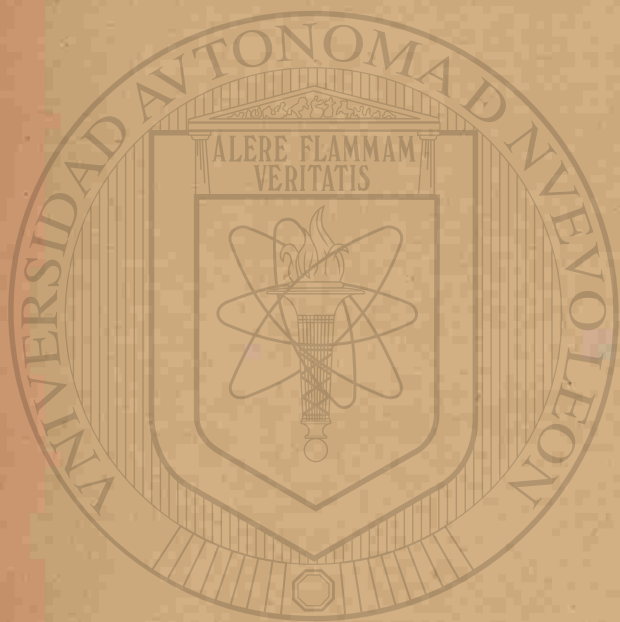
MÍSTICAS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Ansias de ver á Dios

Ardiendo en santos deseos
de ver á Dios cara á cara,
á Sor Teresa Sor Clara
le dijo una noche: « Ven;
Ven, bajemos á la huerta,
y entre arbustos y entre flores
tratemos nuestros amores,
hablemos del sumo Bien.

Y al jardin de su convento
van las dos enamoradas,
fijando atentas miradas
en la azulada región,
contemplando silenciosas
el firmamento estrellado
de claros soles poblado,
absortas de admiración.

El naranjal de la huerta
la brisa en tanto mecia,
y de sus flores traía
fragancia tan celestial,
que la nostalgia del cielo
en su pecho sienten ellas,
y así cantan sus querellas
con acento angelical.

TERESA

*Vivo de pena transida,
porque no acaba mi vida.*

CLARA

*Y yo lloro sin consuelo
por verme pronto en el cielo.*

Teresa

¿Cuándo la dicha tendré
de ver la eterna Hermosura?
¿Cuándo gozosa y segura
á su lado me veré?
Hasta entonces estaré
de pena y dolor transida
porque no acaba mi vida.

Clara

¿Cuándo el día ha de llegar
que yo deje el mundo á un lado?
cuándo á tí, Jesús amado,
mi espíritu ha de volar?
Hasta entonces... que penar!
Será continuo mi duelo
por verme pronto en el cielo.

Teresa

¿No es por ventura un pesar,
un tormento sin segundo,
á este miserable mundo
no poderlo abandonar?
Muerte, acaba de llegar,
que aquí lloro *sin consuelo*
por verme pronto en el cielo.

Clara

Y yo ¿qué hago en este mundo,
donde todo me atormenta,
donde vivo descontenta
y anegada en desconsuelo?
Oh Señor! al cielo! al cielo!
que estoy de pena transida,
porque no acaba mi vida.

Teresa

Muerte, si con negro manto
atemorizas al hombre,
y te place que se asombre
y que se llene de espanto;
dí, ¿por qué te tardas tanto?
Ven, que lloro *sin consuelo*
por verme pronto en el cielo.

Clara

Esta vida de aquí abajo
es un continuo morir:
¡Oh, quien pudiera salir

de tanta pena y trabajo!
 Muerte, ven por el atajo,
 que me tienes afligida,
porque no acaba mi vida.

Teresa

Oh vida! vida fatal,
 que lejos de Dios me tienes,
 dime, ¿por qué te detienes?
 ¿Cuándo harás punto final?
 Oh que angustia tan mortal!
 Vivo ansiosa y sin consuelo
por verme pronto en el cielo.

Clara

Ay Jesús! morir me quiero,
 por gozar de tu presencia;
 ¿quién sufre tan larga ausencia
 en trance tan lastimero?
 Ay! de Tí la vida espero,
 que ya estoy amortecida,
porque no acaba mi vida.

Teresa

Ave que canta serena
 y es del cazador herida,
 si allí termina su vida,
 también se acaba su pena;
 mas yo, triste filomena,
 canto y lloro *sin consuelo*
por verme pronto en el cielo.

Clara

Ay Dios! la vida crüel,

al parecer deleitable,
 se me hace intolerable,
 porque puedo serte infiel:
 Oh que amargura! que hiel!
Muero de dolor transida
porque no acaba mi vida.

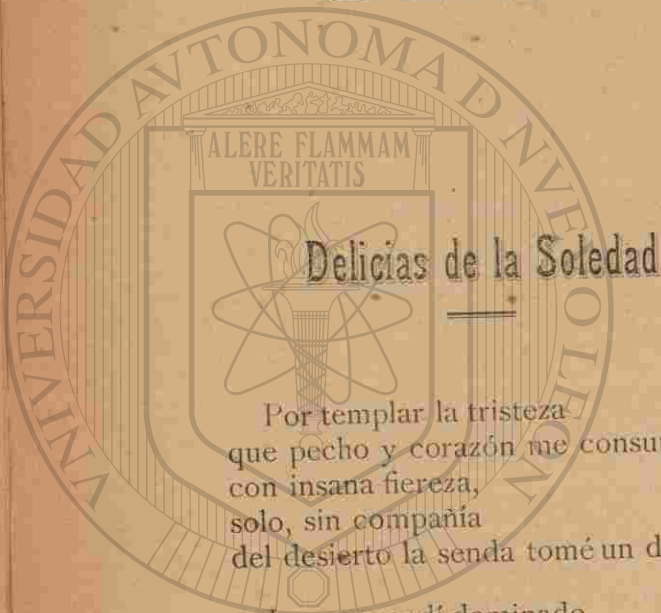
Teresa

Acaba ya de acabarte,
 vida no me seas penosa;
 ya no me falta otra cosa,
 sino morir y dejarte.
 Quien pudiera abandonarte!
 que aquí lloro *sin consuelo*
por verme pronto en el cielo.

Clara

¡Oh cuanto es para llorar
 la muerte que estoy sufriendo,
 al paso que voy viviendo
 vida que se ha de acabar.
 Oh Jesús! llévame ya!
 que aquí lloro detenida,
porque no acaba mi vida.

Así Teresa plácida cantaba,
 y así Clara también le respondía;
 y yo que sus cantares escuchaba,
 con memoria feliz los retenía,
 á mi sola, tal vez los recordaba,
 pensando repetirlos algún día:
 y hoy gozoso los lanzo al vago viento
 oculto en un rincón de mi convento.



Por templar la tristeza
que pecho y corazón me consumía,
con insana fiereza,
solo, sin compañía
del desierto la senda tomé un día.

La emprendí dominado
por fatídico, y triste pensamiento,
y lloraba angustiado,
cuando oí el blando acento
que sonora campana daba al viento.

Marcho hácia do se oía
y encuentro tras el monte más cercano
junto á la selva umbría
y entre el bosque lozano
un agreste convento franciscano.

Al pie de la colina
á descansar me siento fatigado
bajo robusta encina,
y observo con cuidado
dos monjes de la cerca al otro lado.

Escuchando me quedo
por oír de qué cosa platicaban
Fr. Julio y Fr. Alfredo;
y oí que ambos hablaban
y á su vez uno y otro contestaban.

Julio

Al Señor bendigamos,
caro Alfredo: cantemos sus loores,
que en la tierra gozamos
sus divinos favores,
sin pena ni cuidados roedores.

La solitaria vida
es la vida feliz del Patriarca;
oh soledad querida!
oh vistosa comarca!
con envidia te mira hasta el monarca.

¿Qué vale un gran palacio,
la púrpura, los cetros, la riqueza,
ni el oro ni el topacio,
mirando la belleza,
que ostenta en soledad Naturaleza?

¿Que valen las ciudades,
sus músicas, sus fiestas, sus salones,
sus muchas vanidades,

sus^llocas diversiones,
si allí no tienen paz los corazones?

Aquí entre los arbustos,
en oyendo cantar la filomena,
se acaban los disgustos,
huye veloz la pena,
y el alma se extasia y enagena.

Aquí todo es sabroso
al que eleva hácia Dios su pensamiento,
todo es dicha y reposo,
todo gusto y contento,
oh grata soledad! dulce convento!

Aquí nada atormenta
y el tiempo se desliza en dulce calma;
aquí exhala contenta
blando suspiro el alma,
esperando en el cielo eterna palma.

Mas presta á mi contento
el pino colosal que en la campiña
mecido por el viento
caer deja una piña,
que el vergel, con el arte que lo aliña.

Mas vale del arroyo
el murmullo que forma retumbante
al saltar de hoyo en hoyo,
que el surtido sonante
adornado con jaspes relumbrante.
Que hermoso! como alfombra

menuda florecilla nuestro suelo!
el árbol nos dá sombra,
y las aves del cielo
con sus trinos nos llenan de consuelo.

Juega en las enramadas
el viento con susurro deleitoso,
y las auras templadas
nos traen oloroso
de la flor el perfume delicioso.

Con este vivir grato
tu alegras, soledad, al alma mia
en pasando en ti un rato
se llena de alegría,
y la mente se eleva y extasia...

Esto Julio decía:
y á los cielos la vista dirigiendo,
nadaba en alegría;
lo cual Alfredo viendo,
de esta manera prosiguió diciendo:

Aquí es do siente el hombre
ese himno que entona el firmamento
al infalible Nombre
de aquel que en un momento,
supo hacer tan magnífico portento.

Que plácido es sentarse
junto al pie de una encina solitaria
de su Dios acordarse,
y en la oración diaria
dirigir hácia el cielo una plegaria!

Soledad apacible!
 valle sagrado! bosque delicioso!
 retiro bonancible!
 Tu das dicha y reposo
 al que sale del mundo borrascoso.

Y el que mora en tu seno
 mira con pasmo que á sus mismos ojos
 truecas en trigo el heno,
 en flores los abrojos,
 y en quietud agradable los enojos.

¡Ay del que te contempla,
 oh grata soledad, y tu alegría
 sus pesares no templa!
 ¡Ay del que se desvía
 de tu dulce y amable compañía!

¡Oh retiro! Tu elevas
 de este suelo lodoso y polvoriento
 al hombre; tu le llevas
 al alto firmamento
 en alas de sublime pensamiento.

Oh montaña envidiable!
 selva! bosque! collados! fuente pura!
 convento deleitable!
 vosotros dais dulzura
 al pecho que rebosa de amargura.

Soledad venturosa
 do libre del bullicio y la algazara
 mi corazón reposa!

eresme tu tan cara,
 que por Corte ninguna te cambiara...

Esto el uno decía,
 y esto el otro también le contestaba,
 y yo que los oía,
 tristemente lloraba,
 por la pena que el pecho me amargaba.

Y triste y angustiado
 proseguí mi paso lentamente
 por el monte empinado,
 proponiendo en mi mente
 abandonar el mundo prontamente;

Y buscar un retiro
 un lugar solitario y apartado
 do exhalar un suspiro,
 cantando consolado
 estos versos del monje afortunado.

Soledad apacible!
 valle sagrado! bosque deleitoso!
 céfiro bonancible!
 vosotros dais reposo
 al que sale del mundo borrascoso.

Oh montaña envidiable!
 selva! bosque! collados! fuente pura!
 convento deleitable!
 vosotros dais dulzura
 al pecho que rebosa de amargura.



ALERE FLAMMAM
VERITATIS

Las Hermanitas y el marinero

En una hermosa mañana
de primavera florida,
dos Hermanas de los Pobres
de un pobre anciano seguidas,
en negros mantos envueltas
de su convento salían,
y marchaban presurosas
hacia las huertas vecinas.

Viste acaso á la oropéndola
saltar del árbol do anida,
batir sus ligeras alas
y recorrer la campiña,
buscándole á sus polluelos
la más sabrosa comida?
Esto hacían por sus pobres
aquellas dos Hermanitas.

Por las huertas deliciosas
marchaban entretenidas,

rezando sus devociones,
mientras la aurora festiva,
dejando atrás el oriente
por el espacio subía,
y los pájaros cantores
le daban la bienvenida.

Suspenden las dos el rezo
y se quedan detenidas,
al oír una voz triste
y cascada, que salía
de una misera barraca,
de una choza envejecida,
donde cantaba un soldado
recuerdos de antiguos días.

Al paso que se acercaban,
claramente percibían
el cántico de un soldado
la patética elegía
de un marino veterano
el que á su pierna tullida,
cantándole tristemente,
de este modo le decía;

»Oh tullida pierna mía!
tu me traes á la memoria
la negra y horrible historia
que no quiero recordar.
Allá en Cuba ardió mi barco
bajo una lluvia de fuego,
y yo con él me hundí luego
en lo profundo del mar.

Por tí perdí allí mi pierna,
 por tí, mi patria querida,
 puse mil veces mi vida,
 y quise morir por tí.
 Yo por defender tu honra
 derramé mi sangre, España!
 y en esta pobre cabaña
 me dejas morir así?

Mira en mi cribado pecho,
 mira en mis desnudos brazos
 la multitud de balazos
 que aquel día recibí.
 Y... oh España! solo al pensarlo
 mi corazón se destroza:
 ¿en esta misera choza
 me dejas morir así?..»

Y en su canto el marinero
 vertió una lágrima tierna,
 al mirar su seca pierna,
 su pobreza y desnudez;
 sin ver llegar las Hermanas
 que se acercan presurosas,
 preguntándole amorosas:
 ¿Señor, por qué llora usted?

Sorprendido el marinero
 al ver tan rara hermosura,
 unida á tanta dulzura,
 á tanta gracia y unción;
 sus ojos humedecidos
 con seca mano limpiando,

responde: Estaba llorando
 mi triste situación.

Siendo yo robusto joven,
 dejé á mi madre querida,
 por defender con la vida
 mi Patria y mi Religión.
 Volví sin el pie derecho,
 y aunque me encontré sin padre,
 mientras me vivió mi madre,
 tuvo alivio mi aflicción.

Pero murió; y ahora triste
 sumido en dolor profundo,
 me encuentro solo en el mundo,
 pobre y solo, cual me ven:
 sin el calor de una madre
 ni el consuelo de una hermana,
 porque la muerte inhumana
 me la arrebató también.

—No llore usted: Pobrecito!
 Aun le quedan las tres cosas:
 Padre, Madre y cariñosas
 hermanas.—Ay, que ya no!

—Sí que tiene las tres cosas;
 mire que Dios es su Padre,
 la Virgen pura su Madre...
 —Y mi hermanita?—Pues yo!

Deje, deje esta cabaña,
 deje su lúgubre canto,
 venga á nuestro Asilo santo,
 que nada le faltará;

cuando entra allí un inválido,
exclama luego que llega:
lo que la Patria me niega,
la Religión me lo dá.

—Gracias, gracias, Hermanitas,
gracias, y os lo premie el Cielo,
que me habeis dado el consuelo
que perdió mi corazón:
aunque cojo y con muleta...
tal vez serviré de algo;
y si para nada valgo,
tened de mí compasión.

El desgraciado marino
deja su choza sombría;
al llegar el medio día
ya en el asilo comió:
y así que se vió seguro
en aquel Asilo Santo
su triste y antiguo canto
por este nuevo trocó.

«La ingratitud de mi Patria,
liberalesca y demente,
la compensa solamente,
Dios mío, tu religión.
En Sor Ana tengo Madre,
en Sor Inés tengo hermana...
Ay! Sor Inés y Sor Ana
ángeles del Cielo son.

En Cuba vertí mi sangre,
á España volví tullido,

perdí mi Padre querido,
madre y hermana; las dos!
Mas Sor Ana es hoy mi Madre,
en Sor Inés tengo hermana,
ay! Sor Inés y Sor Ana
son dos Angeles de Dios.

Dios les premie su heroismo,
su virtud les premie el Cielo,
que ellas llenan de consuelo
mi afligido corazón.
En Sor Ana encuentro Madre
en Sor Inés dulce hermana,
oh! Sor Inés y Sor Ana
Angeles del cielo son.»





AMOR SERÁFICO

LAURA Y CECILIA

Era una tarde del hermoso Mayo:
el sol, que ya al ocaso se inclinaba,
con lánguido desmayo
en los picos del monte reflejaba:
los céfiros mecían
el arbusto florido;
arrullaba la tórtola en su nido;
gorjeaban las aves
con trinos, ya sonoros, ya süaves,
y así se despedían,
cantando en los nogales de la fuente
del astro, cuyos fuegos se extinguían
en los mares inmensos de Occidente.

A estas horas sor Laura
dejaba su retiro silencioso,
por confiar al áura

que en el huerto jugaba con las flores
sus místicos amores,
y el suspiro ardoroso
que á su pecho endiosado
arrancaba el recuerdo de su Amado.

Al entrar en el huerto delicioso
oye el eco vibrante y melodioso
de una voz, cuyo canto se mezclaba
con el murmullo blando
del pequeño arroyuelo que pasaba
entre mil florecillas murmurando.

Era Cecilia que en la verde orilla
de la fuente se hallaba, meditando
al pié de unos rosales;
y, entreabriendo sus labios virginales,
con dulce y celestial melancolía,
estos versos decía:

Sor Cecilia.

¿Cuándo podré, Amor mío,
hácia tí remontarme en raudó vuelo,
dejar el valle umbrío,
y sin sombras ni velo
contemplar tu hermosura allá en el Cielo?

¿Cuándo aqueste destierro
esta mazmorra lóbrega y sombría,
esta prisión y encierro
dejará el alma mía?

¿Cuándo, Amado, dí, llegará el día!
¿Por qué, bien de mi vida,
en este lazo, en esta prisión fuerte,

forzada y detenida,
me tienes de esta suerte?
¿Cuándo, amado, dí, podré yo verte?

Cual la cierva encendida
en ardorosa sed busca la fuente;
así, prenda querida,
mi corazón ardiente
te busca con afán siempre creciente.

Y tú, ¿de mí te alejas?
¿y tú, de mí te apartas desdeñoso?
¡Ay! ¿cuán sola me dejas
sin quietud ni reposo
en medio de este mar tempestuoso!

¿Por qué tanto desvío?
por qué tu bello rostro se me esconde?
amado dueño mío,
amoroso responde;
¿dónde verte podré! dímelo, dónde?

El vasto y verde prado,
el bosque solitario y espantoso
y hasta el monte encumbrado,
todo, dueño amoroso,
lo andaría, por ver tu rostro hermoso.

Por qué no se me muestra?
por qué me deja así de amor herida
tu omnipotente diestra?
si soy yo tu querida,
¿por qué dejarme así, Dios de mi vida?
¿Por qué tus bellos ojos,
tu semblante divino y halagüeño,
afable y sin enojos,

sin gravedad ni ceño
no me muestras á mí, querido dueño?

Mira que peno y muero!
que si no me consuelas, pronto espiro!
ay! consuelos no quiero!
ya... á exhalar sólo aspiro
en tus brazos el último suspiro.

Oh Amado, Amado mío!
tú mi dueño, mi Esposo idolatrado!
en tu cariño fío,
toda á tí heme entregado,
ven á sanar mi pecho vulnerado.

Mientras esto decía,
del pecho de Cecilia se apodera
dulce melancolía;
y como Laura viera
que su hermana de amor desfallecía,
por darle algún aliento,
cantó con dulce acento
una tierna canción que lastimera
en los áires sonó de esta manera:

Sor Laura

Oh Cecilia dichosa!
que ya tu corazón enamorado
á su placer reposa,
absorto y abrasado;
en los dulces amores del Amado!
¿Quién como tú pudiera
amarle con ardor? Jesús piadoso!

quién tu sonrisa viera!!!
 ¿por qué tu rostro hermoso,
 no me muestras también, dueño amoroso?

Si acaso todavía
 recuerdas mi delito y mi pecado,
 no olvides, vida mía,
 que ya los he llorado
 porque Tú fuiste en ellos ultrajado.

Y si esperas mis obras
 para endulzar mi pecho acibarado,
 tú que tienes de sobras
 dámelas, Dueño amado,
 y no me tengas más en tal estado.

Y si esto no esperas,
 dime, dulce Jesús, ¿qué es lo que aguardas?
 oh Jesús, si vinieras!
 oh amor, cuánto te tardas!
 ¿por qué de quien te quiere, así te guardas?

¿Por qué Señor, me dejas
 entre penas, angustias y dolores?
 atiende ya á mis quejas,
 mitiga mis ardores,
 y ven á embriagarme en tus amores.

Oh Angeles que vais
 las obras del Eterno visitando!
 si á mi Jesús halláis,
 con tono dulce y blando
 decidle que por él quedo penando.

Oh floridos rosales!
 oh fuente bulliciosa y cristalina!
 vea yo en tus cristales,

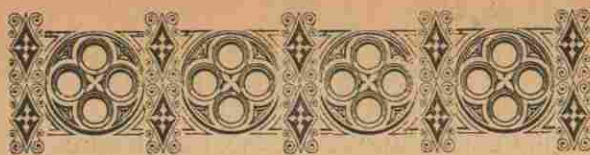
entre la arena fina,
 de mi Amado la cara peregrina.

Oh Amado! Amado mío!
 tú, mi Dueño, mi Esposo idolatrado;
 en tu cariño tío,
 toda á tí heme entregado;
 sana también mi pecho vulnerado.

Esto Laura y Cecilia se dijeron
 con melodioso canto
 vertiendo de sus ojos dulce llanto;
 llanto dulce, que al alma da un consuelo
 sin par ni semejanza aquí en el suelo.

Yo que fuí por mi dicha y mi ventura
 testigo de su célica ternura
 y amores inefables,
 bendije los designios admirables
 del Señor, cuya mano poderosa
 con bondad prodigiosa
 almas cría en el suelo,
 que le aman cual los Angeles del cielo.





LA VIDA DEL CIELO

Por la orilla de arroyos cristalinos
que nacen en los montes de Antequera,
y corriendo entre sauces y entre pinos
descienden velozmente á la pradera,
caminaban dos Padres Capuchinos,
Conrado el uno, Raimundo el otro era;
este en verso sus ansias expresaba,
y aquel también en verso contestaba.

Raimundo

Pues juntos, Fr. Conrado nos hallamos
á la sombra del plátano frondoso,
y en la verde ribera que pisamos
suenan el río con eco sonoro;
ya que en dulce quietud hoy respiramos
de la flor el perfume delicioso,
dí el cantar de la vida advenidera,
y alegría con tu voz, esta ribera.

199

Conrado

Si te cumple y agrada, Fr. Raimundo,
dirigir tu mirada al alto cielo,
olvidar las miserias de este mundo,
y el placer despreciar del bajo suelo;
con deseo del alma muy profundo
subamos á la gloria en alto vuelo,
y cantemos la vida venturosa
del Cielo, donde el alma siempre goza.

Raimundo

Sí, me placé y agrada, Fr. Conrado;
y puesto que en cantar vienes contento,
ya que Dios ese dón te ha dispensado,
el eco de tu voz suéltalo al viento,
que yo á te responder aparejado
debajo de este plátano me siento:
canta, Conrado, canta con dulzura;
celebremos del Cielo la ventura.

Conrado

Sal un poco, cautiva ánima mía
de la cárcel del cuerpo tenebroso,
y contempla la dicha, el alegría,
galardón, bienandanza y el reposo,
que después de esta larga y triste vía,
te dará tu Señor, Padre y Esposo;
sal, ¡oh alma! contempla aquestos Cielos,
y mira el blanco allí de tus anhelos.

Raimundo

¿Cuándo, mi Dios, será que en el Oriente
amanezca aquél día deseado
que ponga justo fin á lo presente,
y el curso de mis males terminado,
levante yo cabeza, y prontamente
á tu gloria me vea sublimado?
¡oh mi Dios! pase pronto, lo que pasa,
y amanezca ese día por mi casa.

Conrado

Oh qué gozo será, alma! el hallarte
en aquel ancho puerto tan seguro,
volver aquí los ojos, y acordarte
del ciclón, la tormenta, el grande apuro
de esta navegación, donde estrellarte
quiso el infierno con embate duro:
ya, dirás, los peligros se pasaron:
los trabajos y penas se acabaron.

Raimundo

Entonces gozaré, Dios de mi alma,
gozaré de la paz el dulce fruto;
allí no hay tempestad, siempre habrá calma
en tí descansaré, Bien absoluto;
á tus piés depondré corona y palma,
y de amor te daré eterno tributo:
¡oh mi Dios! pase pronto lo que pasa,
y amanezca ese día por mi casa.

Conrado

No está grato el manjar al pobre hambriento
ni el reposo al enfermo atormentado,
ni el bullir de las fuentes al sediento,
ni la sombra al viajero fatigado,
ni el más rico tesoro al avariento,
ni al labriego su sueño descansado,
como á mí me será ver en los Cielos
el objeto feliz de mis anhelos.

Raimundo

¿Quién explicar podrá la melodía
del himno divinal y misterioso
que entona la más alta gerarquía
al Eterno, con canto armonioso?
¡oh santa y amigable compañía!
¡oh música y cantar maravilloso!
¡oh mi Dios! pase pronto lo que pasa,
y amanezca ese día por mi casa.

Conrado

Mucho más dulces que sabrosas mieles
será ver de María el rostro amado:
nunca tan bella faz diestros pinceles
sobre el lienzo precioso han dibujado;
nunca jamás del genio los cinceles
semblante como el suyo han bosquejado.
¡Oh María! Tu serás allá en los Cielos
el blanco celestial de mis anhelos.

Raimundo

¿Cuándo, cuándo, mi Dios, llegará el día
que sonando tu voz, dulce á mi oído,
diga al alma; ven presto, amiga mía,
que el invierno es pasado, ya se ha ido,
ya la lluvia cesó y la escarcha fría;
ven que ya nuestra tierra ha florecido?
¡oh mi Dios! pase pronto lo que pasa
y amanezca ese día por mi casa.

Conrado

¿Cuál será, oh Raimundo, la hermosura
de esa noble ciudad, de Dios morada,
Jerusalén celeste, de luz pura,
de oro fino y diamantes fabricada?
el Cordero es la luz que allí fulgura,
con sus rayos la dicha va mezclada,
y esos rayos difunden por doquiera
una vida, que es vida verdadera.

Raimundo

¡Oh caro objeto de mi sed ardiente!
¡sacra morada del divino Esposo!
¡oh regalo que da el Omnipotente!
¡Manjar sin hastío y muy sabroso!
¡santísima ciudad! ¡Sión viviente!
dáme entrada en tu seno delicioso.
¡Oh mi Dios! pase pronto lo que pasa,
y amanezca yo un día por tu casa.

Conrado

¡Oh ciudad venturosa de la gloria!
grandemente me alegro al recordarte,
y si es dulce tenerte en la memoria,
¿cuánto más lo será verte y gozarte!
¡oh mi Dios! si consigo la victoria,
y merezco de cerca contemplarte,
tu serás, mi buen Dios, allá en los Cielos
el objeto total de mis anhelos.

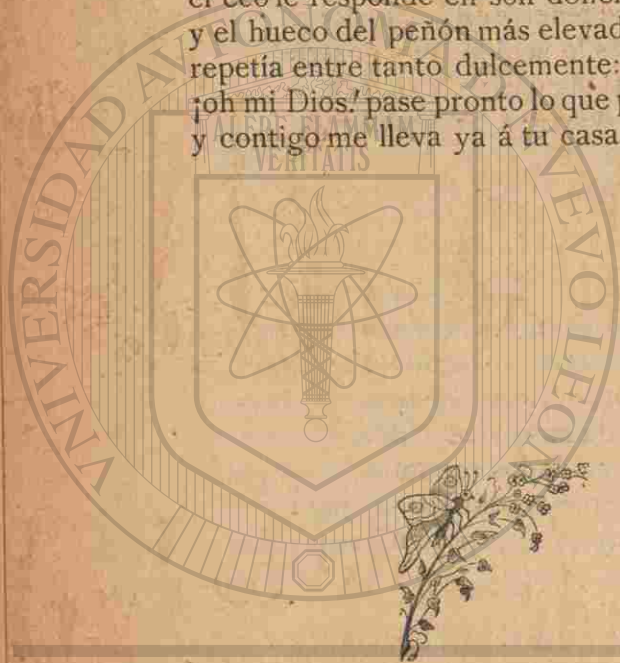
Raimundo

¡Oh gloria por mi Dios aparejada
para darla á sus fieles servidores?
vida dulce, segura, sosegada,
vida sin sobresaltos ni temores,
vida santa, dichosa y regalada,
libre ya de cuidados roedores;
¡oh mi Dios! pase pronto lo que pasa
y amanezca esa vida por mi casa.

Conrado

Y si para gozar tus ricos dones
es preciso sufrir, Patria querida,
lleven ya sobre mí tribulaciones,
desfallezca con lágrimas mi vida,
que me carguen de injurias y baldones,
con tal de que al llegarse la partida,
cuando pase veloz lo que se pasa,
me vea con Raimundo allá en tu casa.

Aquí Raimundo se quedó cortado
 suspirando tan dulce y tiernamente,
 que en el hondo del valle retirado
 el eco le responde en són doliente;
 y el hueco del peñón más elevado
 repetía entre tanto dulcemente:
 ¡oh mi Dios! pase pronto lo que pasa,
 y contigo me lleva ya á tu casa.....



CITA

DIALOGO ENTRE JESUS Y EL ALMA

¡Ay Jesús!... mi Dueño amado!
 —¿Qué quieres, Paloma mía?
 Hablar contigo quería
 y estar un rato á tu lado.

—Pues también mi corazón
 contigo tener desea,
 en donde nadie nos vea,
 un ratito de expansión.

—¿Qué dices Dios de mi alma?
 ¿Quieres conversar conmigo?

—Sí, que quiero hablar contigo;
 pero despacio y con calma.

—Y en dónde quieres, Señor?

—En un lugar solitario.

—Escógelo tú.

—El Sagrario,
 este es el sitio mejor.



—Dónde me quieras citar,
allí acudiré á la cita,
que mi alma necesita
á solas contigo hablar.

¿Quieres, pues, conversación?

—Sí, Jesús mío, la quiero.

—Pues en el altar te espero.

—¿A qué hora?

—A la oración!

—¿A la oración? No me niego;
allí estaré sin demora.

—Ven, sí, porque esa es la hora
en que á las almas me entrego.

—¿Entregarte?

—Sí; amoroso,
al alma en oración busco,
y del brazo la conduzco
á mi huerto delicioso.

¿No quisieras tú venir
al jardín de mis amores,
y escuchar entre las flores
lo que te quiero decir?

—Con todo mi corazón,
amor mío, lo deseo.

—Pues allá voy de paseo.

—¿A que sitio?

—A la oración!

—Por allí te buscaré
á la hora convenida.

—No faltes, alma querida,
que yo por allí andaré.

—¿Y si urgente ocupación
me detiene, y tarde llego?

—¡Ay! déjala para luego,
que perderás la ocasión.

—Y, si me tardo un momento,
estarás, Jesús querido?

—Sí; pero estaré escondido,
y quizás no óigas mi acento.

¿No quieres conversación?

—Sí, amor mío, que la quiero!

—Pues en el jardín te espero.

—¿Pero cuándo?

—A la oración!

Si á venir te determinas,

¡Ay qué cosas te diré!

Allí te regalaré

ramos de flores divinas;

Pero con la condición
de ir á punto.

—Sí, que voy!

—Pues en el jardín estoy
al punto de la oración.

¿Vendrás pronta y animosa?
—Sí que iré, Jesús amado:
donde tu amor me ha citado
acudiré presurosa.

—Pues, adiós! y que me guardes...
—¿Silencio? Lo he de guardar!
—¿Faltarás?
—¡Que he de faltar!
Lo que quiero es que no tardes.

—Hija de mi corazón,
descuida que allí estaré!
—Pues yo no te faltaré
al toque de la oración.

SONETOS, GLOSAS
Y PENSAMIENTOS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



A MI PASTORA

Beata úbera quae suxisti

Pastora, que con silbos amorosos
de mi sueño letal me despertaste;
Pastora, que benigna me sacaste
de entre zarzas y abrojos espinosos;

Pastora, que con bálsamos preciosos:
del alma las heridas me curaste;
Pastora, que á mi alma alimentaste
con los pastos del cielo, tan sabrosos;

Pastora, que á tu aprisco delicioso
como Madre piadosa me llevaste,
y me hiciste feliz y venturoso:

¡Ay Pastora, que así me regalaste!
Bendita quien te dió ser tan glorioso!
Y bendita la leche que mamaste!



EN LA ORILLA DEL MAR

A una fuente

SONETO.

Oh! fuente cristalina y bulliciosa!
tú, nacida entre el musgo y el arena,
pasas corriendo la pradera amena
y en el mar te sepultas presurosa;

Yo también nací en tierra deliciosa,
tuve mi infancia de consuelos llena,
pasé la juventud y... ¡oh dura pena!
hoy me encuentro, cual tú, junto á la fosa:

¡Ay! ¡nos cupo á los dos la misma suerte!
tú corres por el prado rumoroso
y en el fondo del mar vas á perderte:

Yo corro por el mundo proceloso;
mas corro, como tú, hácia la muerte,
sin tener un momento de reposo.

EN LA CAMPIÑA

Contemplando los sembrados

Trigo verde y frondoso; ¡ay! tu has sido
por robusto labriego sepultado
bajo la tierra que movió el arado,
y... en ella sin remedio te has podrido.

¡Ay de mí! que, cual tú, yo desvalido
he de ser en la tierra colocado,
y podrido, y deshecho, y olvidado,
y en cenizas y en polvo convertido!

Mas así como tú naturalmente
saliste con verdor y lozanía
del sepulcro y la podre al ser presente;

Así yo de mi tumba helada y fría,
á la voz del Señor Omnipotente,
inmortal y glorioso saldré un día.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

A LO SEGURO!

Anécdota

Refieren de un sectario de Lutero
que su madre llorosa y afligida
en las últimas horas de su vida
lo llamó y dijo así: «Hijo, yo muero!

Mas antes de mi muerte saber quiero,
si dá lo mismo terminar la vida,
muriendo protestante, ó convertida
de la Iglesia al católico sendero.»

Melancthon, aunque siempre fué embustero,
esta vez contestó la verdad pura;
en la protesta, (respondió sincero,)

Se vive con bastante más soltura;
mas para bien morir;... pese á Lutero!
La católica, Madre, es la segura!

AL SUMO PONTÍFICE LEON XIII

en sus bodas de oro

Gran Leon! mi Provincia capuchina
al Vicario de Cristo en Tí venera;
ve en tu augusta persona la lumbrera
que á este siglo caótico ilumina;

De saber y virtud preciosa mina
te aclama sin cesar por donde quiera,
y sosten de la paz de Europa entera
que, sin Tí, caminara á su ruina,

Viéndote preso y en mortal quebranto,
puesto por la impiedad en cárcel dura.
de sus ojos derrama triste llanto;

Y ansiando para Tí mejor ventura
en tus bodas de oro ¡Oh Padre Santó!
fidelidad y eterno amor te jura.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Á MI BUEN AMIGO

DON JUAN C. VACA

La prensa noticiera

Llena dos pliegos de noticias sosas,
mezcladas con embustes garrafales;
otro par de noticias criminales:
sobre todo si son escandalosas:

Un poquito de modas asquerosas,
tres reclamos de dramas inmorales,
dos infundios de dos corresponsales
y un gramo de noticias religiosas.

Anuncios al granel; treinta ó cuarenta,
telegramas de aquí y del extranjero;
su poco de toreo; un cuento (ó cuenta.)

Ponlo todo á cocer en un puchero;
pásalo mal después por una imprenta,
y tendrás un diario noticiero.

DIOS Y NIÑO,

VIRGEN Y MADRE

¿Que juego, trueque ó cambio nunca oído
es aquel que con Dios, Virgen, hiciste?
El te dió lo que tu jamás tuviste,
y tú á El lo que nunca había tenido.

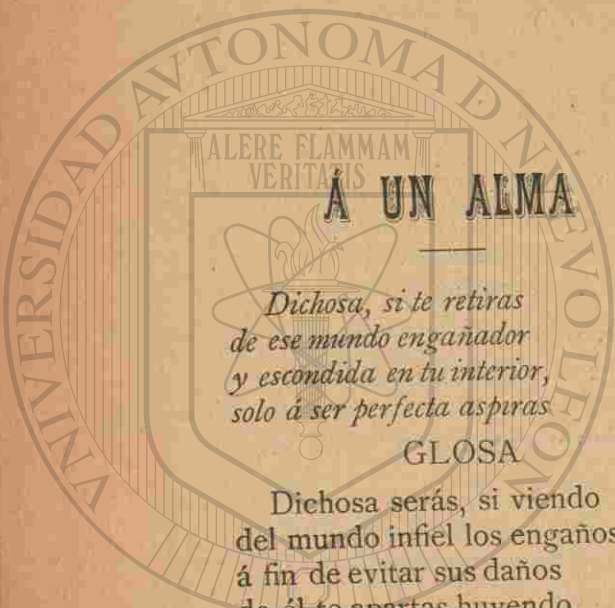
Siempre fué eterno Dios, y ya es nacido,
que el nacer que no tuvo, se lo diste:
Virgen casta eres tú, y de El recibiste
ser Madre, como nunca otra lo ha sido.

Niño fué Dios por tí! Caso estupendo!
Tu fuiste por Dios Madre, á luz le dando
y Virgen sin igual permaneciendo.

Tu le diste el ser hombre, Dios quedando:
El te dió ser su Madre, Virgen siendo:
¿Cual salió de los dos aquí ganando?



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



*Dichosa, si te retiras
de ese mundo engañoso
y escondida en tu interior,
solo á ser perfecta aspiras*

GLOSA

Dichosa serás, si viendo
del mundo infiel los engaños,
á fin de evitar sus daños
de él te apartas huyendo.
Dichosa, si conociendo
del mundo vil las mentiras,
á salvarte solo aspiras,
dándole el adios postrero:
de ese mundo lisonjero,
Dichosa, si te retiras.

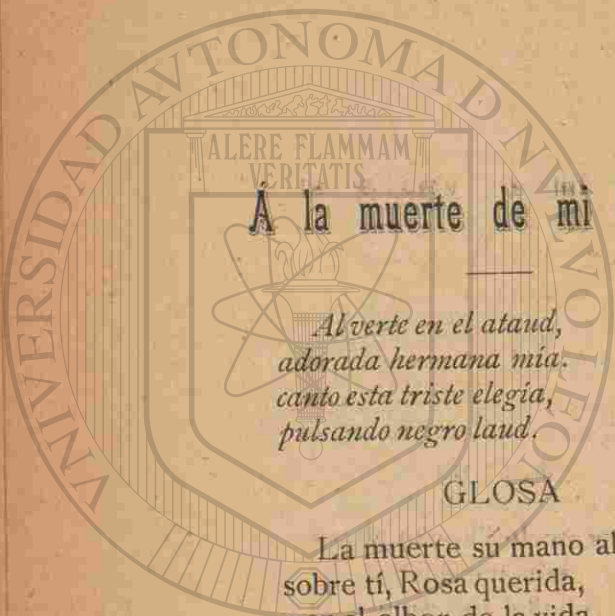
Dichosa tu, si olvidada
del mundo y su vanidad,
buscas en la soledad
vivir á Dios consagrada.

Dichosa, si retirada
de tu casa en lo interior,
á Dios consagras tu amor
y le procuras servir,
sin dejarte seducir
de ese mundo engañoso.

Oh que dichosa serías
en el claustro silencioso!
Oh cuánto al Divino Esposo
aquí feliz amarías!
Oh cuanto aquí gozarías
con este amable Señor!
Pero ya que tal favor
hoy no puedas conseguir,
procura con El vivir
escondida en tu interior.

Dichosa, en fin, si careces
de todo lo que embaraza;
si el amor de Dios te abrasa,
y nada más apeteces;
dichosa mil y mil veces
si solo su amor respiras
dichosa, si siempre aspiras
á vivir toda endiosada,
y de ese mundo olvidada
solo á ser perfecta aspiras!





A la muerte de mi hermana

*Al verte en el ataud,
adorada hermana mía,
canto esta triste elegía,
pulsando negro laud.*

GLOSA

La muerte su mano alzó
sobre tí, Rosa querida,
y en el albor de la vida
de tu tallo te arrancó:
tu hermosura marchitó,
quebrantando tu salud:
mas tu angélica virtud
ni en la muerte la has perdido,
porque yo la he percibido,
al verte en el ataud.

Al verte así, el desconsuelo
oprime mi triste alma,
y solo percibo calma

y solo tengo consuelo,
al contemplarte en el cielo,
nadando en pura alegría,
himnos cantando á María
en esa región dichosa,
porque fuiste virtuosa,
adorada hermana mía.

Allí cogerás el fruto
de tu buena y santa vida,
mientras la madre querida
se viste de negro luto;
y yo, pagando el tributo
que á tu virtud se debía,
lloro y con triste armonía
á tu duelo acompañando,
la bronca lira pulsando,
canto esta triste elegía.

Descansa en paz, cara hermanal
reina con Dios en el cielo,
puesto que hollaste en el suelo
el orgullo y pompa vana.
Y mientras triste campana
dobla con solicitud
yo, mirando la actitud
de angel, que muerta tienes,
corono tus blancas sienes,
pulsando negro laud.





A la pobreza seráfica

*Si á ser pobre me acomodo,
tendré riqueza sobrada,
pues, cuando no quiero nada,
entonces me sobra todo.*

GLOSA

A Dios que me hizo del lodo
mis bienes le sacrifico,
por El lo abandono todo,
pues, seré bastante rico,
si á ser pobre me acomodo.

Si yo no apetezco nada,
si soy verdadero pobre,
y es mi pobreza extremada,
haré que todo me sobre:
tendré riqueza sobrada.

La prenda más singular,
la joya más apreciada,
la tengo de despreciar,
pues, todo me ha de sobrar
cuando yo no quiero nada.

En fin lo abandono todo,
porque quiero muy de vera
ser pobre de cualquier modo,
que cuando yo nada quiera,
entonces me sobra todo.

U A N L



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LA RISA Y EL LLANTO

*Al momentáneo reír
sigue un eterno llorar,
al pasajero sufrir
un sempiterno gozar.*

GLOSA

Cristiano, que por comprar
los placeres de este suelo
vendes la gloria del cielo
con su infinito gozar;
¿sabes la angustia y penar
que te esperan al morir?
¡ay! que presto ha de venir
la muerte que te persigue,
y ya verás lo que sigue
al momentáneo reír.

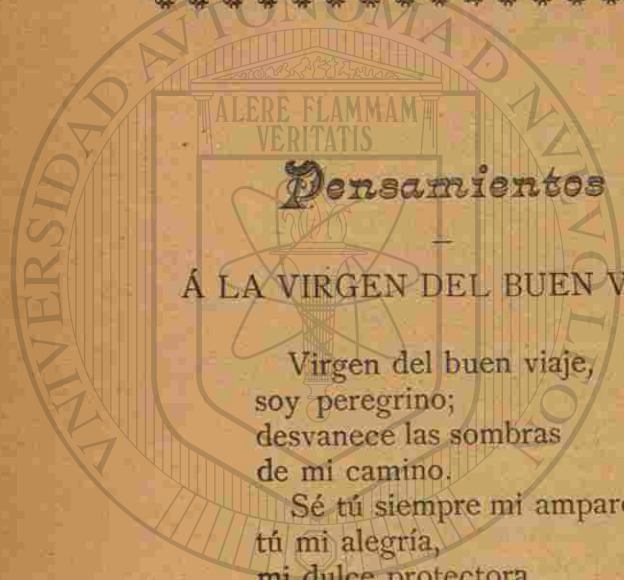
En un fuego devorante
y en sempiterno tormento
pagarás el vil contento
que gozas en un instante:

lo que te espera adelante,
es terrible de pensar,
que la muerte ha de llegar
y entonces le oirás decir:
*al momentáneo reír
sigue un eterno llorar.*

Y tú, pobre pecador,
que el mundo has abandonado
y tus culpas has llorado
con sentimiento y dolor;
por más que el mundo traidor
siempre te ha de perseguir,
¡no temas! ¡sigue! al morir,
tu alma absorta verá
El galardón que se dá
al pasajero sufrir.

Vive, pues, mortificado,
y en esa lucha no cejes;
¡Adelante! y nunca dejes
el buen camino empezado;
magnífico resultado
hacerlo así te ha de dar;
pues la muerte ha de llegar
y tu verás al morir
que sigue al breve sufrir
un sempiterno gozar.





Pensamientos

Á LA VIRGEN DEL BUEN VIAJE

Virgen del buen viaje,
soy peregrino;
desvanece las sombras
de mi camino.

Sé tú siempre mi amparo,
tú mi alegría,
mi dulce protectora,
mi luz y guía.

Y ven conmigo!
que no podré perderme,
yendo contigo.



LA INOCENCIA Y EL MUNDO

Niño candoroso y tierno,
tu inocencia es un tesoro,
que hoy presta brillo á tu frente,
resplandores á tu rostro,
hermosura á tu semblante,
y dulce encanto á tus ojos;
pero el mundo es un ladrón,
taimado, audaz y alevoso,
que te quiere despojar
del codiciado tesoro.

Ay de tí, si no lo guardas!
Ay de tí, si necio y loco
no huyes del pérfido mundo,
cual de ladrón engañoso!
que perderás tu inocencia,
te robará tu tesoro,
y se tornará en tinieblas
la hermosa luz de tu rostro.

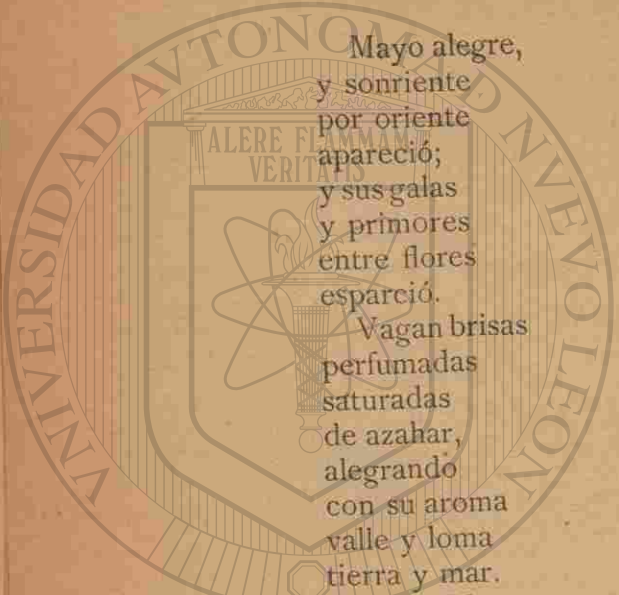


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA ALBORADA DE MAYO



Mayo alegre,
y sonriente
por oriente
apareció;
y sus galas
y primores
entre flores
esparció.

Vagan brisas
perfumadas
saturadas
de azahar,
alegando
con su aroma
valle y loma
tierra y mar.

Salve Mayo
delicioso!

mes hermoso,
mes de amor.
En tí sea
siempre amado
y alabado
el Criador.



DEFINICIONES

Es el mundo una ficción
que desprecia el hombre cuerdo;
la fama es solo un recuerdo,
la hermosura una ilusión;
riquezas y honores son
sombra de cosa soñada;
fama, hermosura preciada,
placeres y honras del mundo,
son... luz que dura un segundo,
tierra, polvo, humo y nada.

EL CARNAVAL

Me parece el carnaval
considerado en su esencia
verdugo de la inocencia
y azote de la moral.

EL BAILE

Qué es el baile? Ay dolor!
aquí y en cualquiera parte
es dar patadas con arte
al decoro y al pudor.



EN MI JARDIN

Oh vergel delicioso,
fresco y riente;
una nube de esencia
llena tu ambiente.

Y es esta nube
el himno de las flores
que al cielo sube.

Benedicid al Eterno
vistosas flores,
porque os dió en abundancia
ricos olores.

Y en raudó vuelo
mi amor en vuestro aroma
llevadle al cielo!

LA VIDA SIN JESÚS

Qué obscura y triste es la vida,
sin tu amor, Jesús del alma!
sin él la naturaleza
es fría, muda, prosáica;
no tiene alegría el campo,
ni bella luz la mañana,
ni melodía las aves;
ni el prado flores lozanas,
ni murmullo los arroyos,
ni los jardines fragancia,
ni verde oscuro la selva,
ni transparencia las aguas,
ni lozanía los valles,
ni contornos las montañas;
sin tí me fastidia todo,
sin tí no me alegra nada,
sin tí fuera insoportable
la misera vida humana
y contigo hasta la muerte
se me hace dulce y grata,
porque será la carroza
que me llevará á mi patria...



AMOR CON AMOR SE PAGA

En un madero colgado
y de tres clavos pendiente
muere Jesús inocente
por redimir al culpado:
Dios por el hombre cuitado
muere todo hecho una llaga!
Qué es razón que el hombre haga
para pagar tanto amor?
Ame con mucho fervor
que amor con amor se paga.

EL CANTO DE LAS AVES

Ya el sol viene saliendo
por el oriente,
y las aves le cantan
alegremente.

¿Qué dicen en su canto
tierno y sencillo,
saltando en la arboleda
los pajarillos?

¿No sabes alma mía
lo que ellos dicen?
con sus alegres notas
á Dios bendicen.

Y á tí te están diciendo;
llegó la hora!
ay, mortal, mira al cielo,
y á Dios adora.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MAÑANA Y HOY

Dios de bondad soberana!
mucho tiempo ha que estoy,
proponiendo amarte hoy
y no ofenderte mañana.

Pero del hoy nunca salgo,
y al mañana jamás llego;
propongo y no cumplo luego!..
Oh Señor, que poco valgo!

Cese mi locura insana,
Señor! que de veras voy
á quererte desde hoy,
y á no ofenderte mañana.

A MI CRUCIFIJO

Al mirarte con cuidado
y verte, oh dulce Jesús!
por mi amor en esa cruz
de piés y manos clavado,
y que tu pecho llagado
por mi amor sangre derrama,
oigo tu voz que me llama
amorosa y dulcemente,
diciéndome interiormente:
Fr. Ambrosio, así se ama!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

A MI CELDA DE COLEGIAL

DESPEDIDA

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

Adiós mi celda querida,
nido de santos amores,
donde pasé los mejores
años de mi triste vida.

Hoy nos separan! Ya ves
que yo me alejo llorando,
las delicias recordando
que en tu soledad gocé.

Quien lo dispone así es Dios,
yo le obedezco gustoso;
pero te dejo lloroso
adiós, celda mía, adiós.

AL SAGRADO CORAZON
DE JESUS

En el fuego de tu amor,
por calmar tu justo enojo,
todas mis culpas arrojé
para que ardan, Señor.
Consúmalas el ardor
de tu Corazón sagrado,
y que de tanto pecado
solo quede en mí el pesar
y en tí el gozo singular
de habérmelos perdonado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN


 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
 

®


 A MI ANGEL

Angel mío, de rostro alhagüeno,
 que en plácido sueño
 me sueles hablar:
 ¿Por qué causa tan pronto te alejas?
 ¿por qué así me dejas,
 sin yo despertar?

Si dormido una noche pudiera,
 contigo me fuera,
 al cielo los dos!
 Y que dicha, si allí me encontrara,
 cuando despertara,
 gozando de Dios!

Angel mío, que en plácido vuelo,
 te vuelves al cielo
 dejándome aquí;
 No desóigas la voz de un amigo
 que quiere contigo
 morar siempre allí.



EN UNA ESTAMPA

Refugio en los peligros,
 gozo en las penas,
 dá la Virgen del Carmen
 al alma buena.
 Procura serlo,
 y en todos tus apuros
 tendrás remedio.

EN OTRA

Faro que en las tormentas
 al puerto guía
 eso es la Inmaculada
 para sus hijas:
 selo tu siempre,
 y ella será tu amparo
 en vida y muerte.



Á LA CONCEPCION PURÍSIMA
DE MARÍA

En tu pura Concepción
la gracia y culpa reñían,
porque las dos pretendían
fijar en tí su mansión:
aprovechan la ocasión
y se ponen en carrera;
la gracia fué más ligera,
llegó primero y entró,
tomó la llave, cerró,
y dejó á la culpa fuera.

DESENGAÑOS!

El camino de la vida
está lleno de ilusiones,
flores que el sol seca un día,
y el viento arrastra una noche.
Esas flores que abundantes
en mi corazón brotaron,
son hojas que arrastra el viento,
el viento del desengaño.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MI CONSUELO Y MI BIEN

Quando el sol de la alegría,
brilla en mi límpido cielo,
llenándome de consuelo;
de calma y tranquilidad;
volando al Sagrario voy,
donde á mi Jesús le cuento
el gozo que experimento,
mi dicha y felicidad.

Cuando mi cielo se nubla,
ó en él ruje la tormenta,
cuando la pena se aumenta
y oprime mi corazón;
tambien acudo al Sagrario,
donde mora el amor mio;
mi pena allí la confío
y él consuela mi aficción.

Y en mi dicha y alegría,
ó mi duelo y mi quebranto,
en mi gozo y en mi llanto,
el Sagrario es mi sosten;
y lo mismo en la bonanza
que en el recio torbellino,
el Prisionero divino,
es mi consuelo y mi bien,

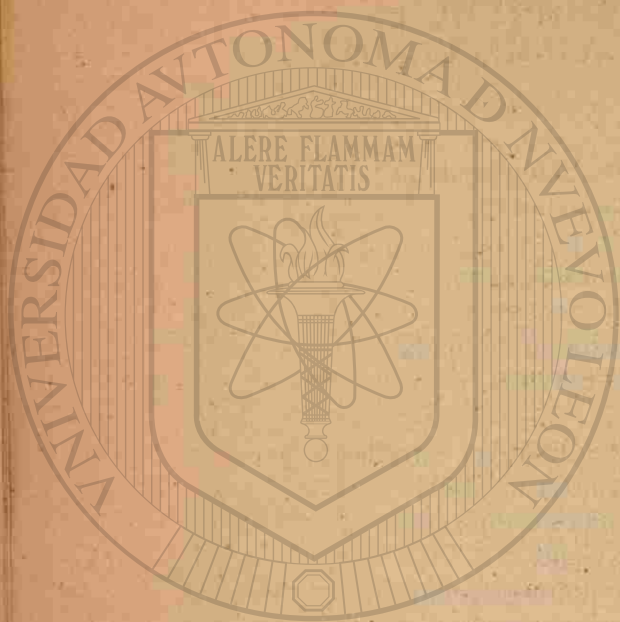


Á LA INMACULADA

Virgen inmaculada,
blanca azucena,
que de pura fragancia
los mundos llena;
qué hermosa eres!
Reina incontaminada
de las mujeres.

Circundan las estrellas
tu hermosa frente,
cual si besar quisieran
tu faz riente.
Quien fuera estrella!
para tener cerquita
tu frente bella.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE

*de las composiciones, por el primer verso
 de cada una.*

	Págs.
Madre tierna y amante	11
Camino triste es mi vida	13
Como sedienta paloma	15
La vida es mar borrascoso	21
Llena está la hermosa nave	24
Orando junto a un sagrario	28
A rezar entré una tarde	33
Al pié de hermosa colina	37
¡Qué en vano! qué en vano el sueño	43
Era una tarde de Agosto	48
Ví un día en el mar inquieto	54
Era una noche en que el viento	57
En las cárceles sombrías	64
Tras de montes encumbrados	69
Ya era tiempo querida madre mía	72
Madre, salí con tal prisa	85
¡Oh que plácida y que amable	92
Mi corazón suspira	101
Inspiración creadora	103
A tí, Pastora amada	112
Si me das, dulce Pastora	114
Quiero cantar: ¿a quién he de pedirle	119
Qué mágica idea	124
Desde los lindos valles	128
Quién como tú? Pastora idolatrada	131
Ay divina Zagala	132
Un monje que en su convento	134
Con cargo de hortelano	137
Yo he visto un rosal criado	141
Sevilla, noble Ciudad	144
Del alma desterrada	151
¡O Jesús, en la prisión	154
A tí me acojo en mi dolor sombrío	159

	Págs.
Desde el día en que estuve.	160
Cuando lleno de amargura.	163
Para aliviar el ardor.	165
El fuego de tus ojos.	169
Ardiendo en santos deseos.	175
Por templar la tristeza.	180
En una hermosa mañana.	186
Era una tarde del hermoso Mayo.	192
Por la orilla de arroyos cristalinos.	198
Ay Jesús! mi dueño amado.	205
Pastora, que con silbos amorosos	211
Oh! fuente cristalina y bulliciosa!	212
Trigo verde y frondoso; ¡ay! tu has sido	213
Referen de un sectario de Lutero.	214
Gran León! mi Provincia capuchina	215
Llena dos pliegos de noticias sosas	216
¿Qué juego, trueque ó cambio nunca oído	217
Dichosa, si te retiras.	216
Al verte en el ataúd.	220
Si á ser pobre me acomodo.	222
Al momentáneo reir.	224
Virgen del buen viaje.	228
Niño candoroso y tierno	227
Mayo alegre.	228
Es el mundo una ficción	229
¡Oh vergel delicioso.	230
Qué obscura y triste es la vida.	231
En un madero colgado	232
Ya el sol viene saliendo.	233
Dios de bondad soberana .	234
Al mirarte con cuidado	235
Adiós, mi celda querida.	236
En el fuego de tu amor	237
Angel mío, de rostro halagueño.	238
Refugio en los peligros	239
En tu pura Concepción.	240
El camino de la vida.	241
Cuando el sol de la alegría.	242
Virgen inmaculada	243





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
SECRETARÍA GENERAL DE BIBLIOTECA